

JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

LA NOCHE DEL SÁBADO

NOVELA ESCÉNICA EN CINCO CUADROS

Estrenada en el Teatro Español en la noche del 17 de marzo
de 1903.

CUARTA EDICIÓN

Copyright, 1924, by Jacinto Benavente.

Administración de las obras teatrales

de JACINTO BENAVENTE

Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas : de dos y media a cinco.

1924

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

4344.

LA NOCHE DEL SÁBADO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

LA NOCHE DEL SÁBADO

NOVELA ESCENICA EN CINCO CUADROS

Estrenada en el Teatro Español en la noche del 17 de marzo
de 1903.

CUARTA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1924

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

EL LECTOR.....
 IMPERIA.....
 PRINCESA ETELVINA.....
 CONDESA RINALDI.....
 LADY SEYMOUR.....
 EDITH.....
 DONINA.....
 JENNY.....
 LELIA.....
 ZAIDA.....
 MAESTÁ.....
 ESTHER.....
 JULIETA.....
 ROSINA.....
 PEPITA.....
 CELESTE.....
 TERESINA.....
 NELLY.....
 FANNY.....
 MARCELA.....
 LEONARDO.....
 PRÍNCIPE MIGUEL ALEJANDRO.....
 EL PRÍNCIPE FLORENCIO.....
 LORD SEYMOUR.....
 EL DUQUE DE SUABIA.....
 HARRY LUCENTI.....
 EL SIGNORE.....
 MR. JACOB.....
 NUNÚ.....
 TOMMY.....
 TABACO.....
 RUJÚ-SAHIB.....
 GAETANO.....
 CECCO.....
 PIETRO.....
 COMISARIO.....
 JENARO.....
 MARINERO 1.º.....
 IDEM 2.º.....
 IDEM 3.º.....
 IDEM 4.º.....
 MOZO 1.º.....
 IDEM 2.º.....
 CORNAC.....

SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.).
 SRA. GUERRERO.
 — SEGURA.
 — MARTINEZ.
 — BOFILL.
 SRTA. EGIDO.
 — BLANCO.
 SRA. BUENO.
 SRTA. TORRES.
 — COLORADO.
 — CANCIO.
 SRA. SOCIAS.
 SRTA. PERLÁ.
 — VILLAR (C.).
 — VILLAR (D.).
 SRA. SEGARRA.
 SRTA. FUENTES.
 SRA. BOFILL.
 SRTA. EGIDO.
 — COTERA.
 SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.).
 — MEDRANO.
 — DÍAZ DE MENDOZA (M.).
 — VILLALONGA.
 — RUIZ TATAY.
 — PERRÍN.
 — CARSÍ.
 — CIRERA.
 — GUERRERO.
 — AGUDIN.
 — DÍAZ.
 — JUSTE.
 — BUIL.
 — ROBLES.
 — SORIANO BIOSCA.
 — URQUIJO.
 — GIL.
 — MIQUEL.
 — MANCHÓN.
 — REDONDO.
 — CASTILLO.
 — GAZTAMBIDE.
 — RIVAS.
 — BARRAGÁN.

DAMAS, CABALLEROS, ARTISTAS DE CIRCO, MARINEROS, TZIGANES,
 CRIADOS, POLICÍAS, ETC.

En una estación de invierno entre Italia y Francia.



PRÓLOGO

EL LECTOR. La noche del sábado. Mar, cielo y tierra se unen amorosos con gloriosa alegría; luz, oleaje, montañas, frondas, son como risotadas de un mundo niño, ignorante del dolor y de la muerte. ¡Encantado pedazo de tierra! Deidades, héroes, ninfas y faunos fueron tus únicos habitantes; espíritus de ciencia y de amor, los únicos que te contemplaran; idilios de Teócrito, églogas de Virgilio, tu propia poesía; y si un espíritu de nuestro tiempo triste ennoblece en ti su tristeza, sea el de Shelley, divino poeta, creyente en la eterna armonía de la Verdad, el Bien y la Belleza; el que no limitó lo infinito y adoró a Dios en todo; por rito de su culto, la misma amorosa letanía del santo poeta de Asís, universal enamorado; el que a todas las criaturas saludaba con su canción de amor ardiente: hermano sol, hermana agua, hermanos pajarillos, hermano lobo... ¡Todos hermanos! Y aquí en este pedazo de tierra encantado por la Naturaleza, ved ahora, son los hombres. Es la estación invernal a la moda; han elegido bien su terrenal paraíso... Pudiera serlo; pero huyen del frío y traen el frío de su vida; huyen de su vida y su vida les sigue... Para ellos todo camino es de infierno dantesco, y así puede decirles a su entrada...

*Per me si va nella città dolente;
per me si va nell' eterno dolore;
per me si va trà la perdutta gente.*



CUADRO PRIMERO

Un *hall* en una villa suntuosa.

ESCENA I

La PRINCESA ETELVINA, LADY SEYMOUR, la CONDESA RINALDI, EDITH, LEONARDO, el PRÍNCIPE MIGUEL, el PRÍNCIPE FLORENCIO, LORD SEYMOUR, HARRY LUCENTI y el DUQUE DE SUABIA. Edit toca un laúd y Lady Seymour y Leonardo escuchan la música; la Princesa Etelvina, el Príncipe Miguel, Lord Seymour y el Duque de Suabia toman el te en otro grupo. El Príncipe Florencio, la Condesa Rinaldi y Harry Lucenti hojean grabados y aguas fuertes y conversan muy animados. Varios criados atienden al servicio. Un criado entrega un telegrama al Príncipe Miguel.

ETELVINA. ¿Noticias de Suabia?

P. MIGUEL. ¡Gran noticia! (*A la Princesa.*) Debes ser la primera en comunicarla; lee...

DUQUE. ¿Algo grave? (*Imponiendo silencio.*) La música, señores...

ETELVINA. ¡Qué alegría! Hijo mío, oye... Su Majestad Imperial ha dado a luz con toda felicidad un Príncipe heredero.

P. MIGUEL. ¡Viva el Príncipe!

TODOS. ¡Viva!

DUQUE. ¡Viva Suabia!

TODOS. ¡Viva!

P. FLOR. (*Cogiendo el telegrama.*) ¡Por fin!... Un Príncipe, después de siete Princesas. El Imperio ha pesado sobre mí bastante tiempo. Era mi enfermedad; ahora recobraré la salud por completo.

LADY. Tomáis alegremente vuestro partido.

RINALDI. Un trono no se pierde todos los días.

ETELVINA. (*Al Príncipe Miguel.*) Contestad en seguida; que

no tarde nuestro parabién; nuestros mejores augurios por la felicidad del Imperio.

P. FLOR. Nadie los juzgará sinceros. Tan mal me conocen; la Emperatriz nos alejó de la Corte por celos de que yo tuviera demasiada prisa por ser Emperador; ahora menos que nunca debo de volver a Suabia; la vida de mi augusto primo estaría demasiado ligada a la mía, y la mía me basta.

E TELVINA. Bien se advierte en lo poco que cuidas de ella.

P. FLOR. Ahora que mi vida ya es mía, que me pertenece por entero, concluiré por amarla. ¡Libre! Ya no soy el Príncipe heredero; ya no tendré fijos en mí tantos intereses, tantas esperanzas... y tantos odios. Ni mis siete primas, las Princesas, aspirantes a Emperatrices consortes, ya que la vetusta ley Sálica del Imperio las impide ser soberanas..., ahora no les importará tanto que yo...

E TELVINA. No hables así; siempre ese tono ligero.

DUQUE. Alteza, éramos muchos los que esperábamos en vos; los que os hemos visto nacer y peleamos al lado de vuestro padre. Un Príncipe niño; el Emperador es viejo; el Imperio está perturbado.

P. MIGUEL. Sí; no es una solución.

P. FLOR. (*Al Príncipe Miguel.*) Querido tío, eres joven todavía; puedes ser su regente, como lo hubieras sido conmigo; porque confieso que sobre ti hubiera pesado el Imperio y tú lo hubieras heredado al fin. Mi vida imperial hubiera sido corta.

E TELVINA. ¡Quién sabe! La vida hubiera tenido objeto para ti... no como ahora. ¡De todos modos, si tú estás contento!...

P. FLOR. Muy contento. ¿Y tú? ¿Recuerdas aquella amarga frase de Daudet en *Los reyes en el destierro*? ¿Me querrás menos ahora que no puedo ser rey?

E TELVINA. ¡Ingrato! ¡Loco! Que tú vivas feliz, eso es todo lo que deseo.

LADY. Justamente. Edith tocaba la marcha de vuestro perdido Imperio; es muy original.

P. FLOR. ¿Al laúd? Sonaría como algo moribundo. Es una marcha guerrera de trompetas y tambores; no se comprende sin relucir de espadas y de arneses; es toda el alma guerrera de nuestra patria... Y, ya veis, dicen que la compuso un monje extranjero para los funerales de un poeta.

DUQUE. Es una leyenda ridícula.

LADY. Es bonito, un monje, un poeta...

- LEONARDO. Tennyson hubiera escrito un poema.
- LADY. ¡Gran poeta Tennyson! Un poeta caballero, admitido en la mejor sociedad.
- HARRY. (*A Leonardo.*) Lady Seymour quiere confundirme con su desprecio. No perdona al Príncipe mi invitación.
- LEONARDO. Eres el escándalo de Inglaterra.
- HARRY. Registra los *secrétaires* de sus grandes señoras, y en todos encontrarás un tomo de mis poesías junto a las cartas de sus amantes... Sobre la mesa del salón se ostenta la Biblia y los libros de Kipling.
- LEONARDO. Y un esposo respetable delante de la mesa.
- HARRY. Después de comer, debajo.
- LEONARDO. Ayer te dije yo esa broma, y te pareció de muy mal gusto.
- HARRY. Y sigue siéndolo cuando lo dice un extranjero. ¿Tú crees que es tan fácil dejar de ser inglés? Inglaterra me ha desterrado como a Byron.
- LEONARDO. Pero tú no has podido desterrar a Inglaterra.
- RINALDI. ¿Byron? Yo no lo encuentro inmoral. Yo aprendí el inglés leyendo a Byron, y era yo una niña.
- LEONARDO. ¿Y no os quedaba que aprender más que el inglés leyendo a Byron?
- RINALDI. Las italianas no somos como Lady Seymour; no nos asusta alternar con los poetas desterrados.
- LEONARDO. La Condesa está curada de espanto.
- RINALDI. Convaleciente nada más; por eso paso aquí todos los inviernos.
- LEONARDO. Siempre sola.
- RINALDI. Mi marido no quiere venir.
- LEONARDO. Sí; él ya está curado.
- ETELVINA. Suabia arderá en fiestas a estas horas.
- DUQUE. La corte, la gente oficial, el pueblo amaba al Príncipe Florencio; no podía olvidar que era hijo del libertador; del invencible; de vuestro esposo, venerado en Suabia.
- ETELVINA. Es verdad; pero ya sabéis cuánto se ha tramado en estos últimos años para desacreditar a mi hijo.
- DUQUE. ¿Qué vida de joven a los veinte años podría soportar esa continua fiscalización?
- P. MIGUEL. Pero si Florencio hubiera sido otro... No quiero entristecerte; es tu hijo único; sé cuanto le quieres; pero la conducta de Florencio...
- ETELVINA. ¿Qué vas a decirme que yo no sepa? Bastante he

llorado. Pero ahora su salud sólo me interesa. Aquí ha de reponerse.

P. MIGUEL. ¿Aquí? Dos días hace que habéis llegado, y ya el prefecto de Policía se ha creído en el caso de advertirme qué peligrosos lugares frecuenta el Príncipe.

ETELVINA. ¡Dios mío!

P. MIGUEL. El prefecto es un hombre de mundo. El Signore, como le llaman aquí todos. El Príncipe de este minúsculo Estado le paga espléndidamente por conservar la tranquilidad, y sobre todo el decoro aparente de esta peligrosa cosmópolis, adonde acude gente de todas partes y de todas clases.

ETELVINA. ¿Y dices que Florencio...?

P. MIGUEL. No temas; el Signore ha destinado agentes secretos que le siguen siempre y le protegerán si llega el caso. Pero es vergonzoso.

ETELVINA. Sí lo es; compadéceme. No le faltaba más que haber intimado con Lucenti, ese poeta medio inglés, medio italiano; un hombre siniestro, sin sentido moral. Lord y Lady Seymour están escandalizados de verle aquí.

P. MIGUEL. ¿Es cierto? Sí, he notado... Pero yo creía... Voy a saberlo. Milady, acaban de decirme que no os agrada la presencia de Harry Lucenti.

LADY. En efecto, nadie recibe a ese hombre en su casa.

P. MIGUEL. Perdonad. Me pareció haberos visto hablando con él ayer mismo en el Casino.

LADY. Y muchas veces; pero nunca delante de mi marido.

P. MIGUEL. Es que a vuestro marido también le he visto conversando con él en la mayor intimidad.

LADY. De seguro; pero nunca delante de mí.

P. MIGUEL. La corrección inglesa es más complicada de lo que yo creía.

LADY. Es respetabilidad.

RINALDI. (A Leonardo.) No estoy de humor para que luzcáis vuestro *esprit* a costa mía... Estoy muy triste, muy triste... ¡No sabéis todo lo triste que estoy!

LEONARDO. Y estáis rabiando por decírmelo.

RINALDI. Los artistas son confidentes muy peligrosos. Todo se lo cuentan después al público.

LEONARDO. Yo soy escultor; para que mi arte pudiera contar al público vuestros secretos... ¡Figuraos! Un arte plástico. A propósito: seríais una diosa Juno admirable.

- RINALDI. El otro día dijisteis una Minerva.
- LEONARDO. Y otro día diré una Venus; hay días para todo.
- RINALDI. Otras habría peor modeladas.
- LEONARDO. ¡Ya lo creo!
- RINALDI. Hay que advertir que no llevo corsé; un justillo a la griega.
- LEONARDO. Esas confidencias ya entran en mis dominios. Yo las pedía espirituales.
- RINALDI. ¿Por qué pensáis que he venido aquí esta noche?
- LEONARDO. ¡Qué sé yo! Probablemente porque el Príncipe Miguel os ha convidado a comer, como a todos los que estamos aquí, para celebrar el feliz arribo de su cuñada la Princesa Alejandra Etelvina y de su augusto hijo, el Príncipe Florencio, malogrado Emperador.
- RINALDI. ¿Invitarme? Al contrario, he venido por eso; porque no estaba invitada.
- LEONARDO. ¿Cómo?
- RINALDI. Parece que se me considera como una *declassé*. Yo me tengo la culpa; yo he sido presentada al Príncipe oficialmente en París por el embajador de Italia. Pero aquí, fuera de toda etiqueta, viene uno a distraerse, a cambiar de vida, y se alterna con todo el mundo; el Casino, las carreras, el tiro de pichón, son un terreno neutral como el país; en algún sitio de éstos encontré al Príncipe con su..., con su...
- LEONARDO. Con Imperia.
- RINALDI. ¿Iba a dejar de saludarle? ¡Qué ridiculez! Yo no soy como Lady Seymour, que no saluda en pública a un compatriota de talento, a un artista como Harry Lucenti.
- LEONARDO. Sí, es ridículo.
- RINALDI. En Italia, la belleza y el arte son sagrados; fué un Pontífice el que dijo, a propósito de Benvenuto Cellini, que artistas como él debían estar sobre todas las leyes. Yo no he reparado en tratarme con la amiga del Príncipe; no me he privado de asistir a las fiestas de su *villa*; ni de permanecer aquí cuando ella viene a última hora algunas noches y se prolonga la velada entre los íntimos. Son las más agradables. Pero el Príncipe ha tomado mi condescendencia por una abdicación; por eso me he atrevido a presentarme sin ser invitada... El, naturalmente, no se ha dado

por entendido, pero la Princesa me ha recibido con frialdad.

LEONARDO. Aseguran que es muy rigorista; que sólo admite a su alrededor dragones de virtud...

RINALDI. Y de fealdad, como esa damita de honor, la hija del Duque de Suabia; una joven romántica que la Princesa, con todo su rigorismo, tiene al lado para que el Príncipe Florencio se entretenga algo más en casa y no escandalice tanto a la corte de Suabia.

LEONARDO. ¡Pobre Príncipe! Es muy simpático; curioso de arte, infatigable perseguidor de la belleza.

RINALDI. ¡Demasiado! ¿No fué también amante de Imperia antes que su tío?

LEONARDO. Eso dicen.

RINALDI. Y después que vos...

LEONARDO. Yo nunca fuí su amante; fué mi modelo nada más; a mi estatua debe su nombre Imperia. En mi estudio de Roma la conoció el Príncipe Florencio.

RINALDI. Que os dejó... sin modelo. Ya veis que me dejo convencer. Enfermasteis de pena.

LEONARDO. De la *malaria*.

RINALDI. Cambió vuestra vida por completo; vuestro arte adoleció del cambio. ¿No es verdad que hicisteis pedazos un magnífico bloque de mármol preparado para esculpir una obra gigantesca? «El Triunfo de la vida»; una obra de genio, que no hubiera sido la última. Italia hubiera contado dos Leonardos igualmente grandes.

LEONARDO. ¡Leonardo! No sabéis cómo ese nombre, el mío, influyó en mí desde que nací como un prestigio sobrenatural. Por devoción al divino de Vinci me llamó así mi padre; mi padre era un poseído del amor a todo lo bello; un idólatra de los grandes artistas... ¡Un nombre grande que me obligó desde niño a soñar con grandezas! Pero un gran ideal, sólo desmenuzado en migajas puede lograrse. Ya lo veis: de aquel bloque mismo de Carrara en que debí esculpir mi obra soñada, labré esas mil figurillas que habéis visto en Exposiciones y en escaparates primero, después en saloncitos y *budoirs* elegantes; lindas, graciosas; el público las celebra y se venden muy bien. En vez de una llamarada de inspiración en una sola obra gigantesca, una chispa de gracia artística

en cada juguete de éstos; en vez del monumento que inmortaliza un hecho heroico y habla al alma de todo un pueblo, el *bibelot* que sostiene una lámpara eléctrica o sirve de pisapapeles... ¡Y pensarán que así realizo mi ideal artístico! ¡Y por mis obras juzgarán de mi espíritu! ¡Verán la llanura de menuda arena; no comprenderán que fué montaña que se derrumbó pulverizada!

RINALDI. ¿Y cuando el ideal es de amor como el mío...?

LEONARDO. Ya sabéis el secreto. Romped el bloque de vuestra estatua soñada y contentaos con figurillas... Amad: en cada una lo que hubierais amado en una sola.

RINALDI. No es lo mismo decir he amado a muchos que decir he amado mucho. Juzgad por vos. Rompisteis el mármol. ¿Pero habéis olvidado a vuestro modelo, a vuestra Imperia? ¿Por qué estáis aquí si no es por ella?

LEONARDO. Todos estamos aquí por algo.

RINALDI. Por algo que no decimos. Lo cierto es que todos procuramos huir de nuestra vida; la vida impuesta por nuestra posición oficial en el mundo... Por eso acudimos a este lugar de promiscuidades, en que todo se ve y se observa, pero en que todos convenimos en no enterarnos de nada. Ved: esta noche la presencia de la Princesa nos impone el respeto, y estamos todos aburridos, sin agrado, como quien está con el pensamiento donde quisiera estar con cuerpo y alma.

LEONARDO. Pasamos por el mundo como sombras de nosotros mismos... Creemos conocer a los que pasan a nuestro lado, y nada sabemos de su alma.

P. FLOR. (*A Harry Lucenti.*) Acompañaré a mi madre cuando quiera retirarse; no quiero que se inquiete por mi salud; diré que me acuesto, y saldré en seguida a buscarte. ¿No faltará esa gente?

HARRY. Iremos al teatro a buscarlos. ¿No conoces el nuevo teatro de Mr. Jacob? Un *music-hall* espléndido, de un gusto deplorable, pero muy divertido. Con menos carácter, sin embargo, que la antigua barraca de títeres, junto al puerto, tan pintoresca con su público de marineros y cargadores, muy sorprendidos de ver aparecer por allí de cuando en cuando a una gran señora curiosa de aventuras. Pero aún existe la *trattoria* de Cecco con su clientela de siempre, pero con

mejoras; el extranjero que se arriesga por allí, asiste a toda una representación: baile popular, duelo a cuchillo, *razzia* de la Policía; todo ensayado y dirigido por Cecco..., pero la verdad misma.

P. FLOR. Podemos cenar allí con esa gente; me divierte más que el eterno *restaurant de nuit*.

HARRY. Es más divertido. Advertiremos que nos supriman la representación por esta noche. Estamos en el secreto. (*Siguen hablando.*)

RINALDI. (*A Leonardo.*) Tenéis razón; debí consideraros antes como un amigo; pero vuestra amistad con el Príncipe me hizo desconfiar. Mi marido puede volver de embajador a Suabia; entre esta gente no quiero que trascienda nada. De otro modo, ya hubiera dado aviso al prefecto.

LEONARDO. ¿Al Signore? De ningún modo. Sin él sería esto un paraíso; para justificar su sueldo y otras subvenciones indirectas, procura reunir aquí todos los inviernos a la más florida pillería de todas partes. Pero no tengáis miedo; corre de mi cuenta ese asunto... ¿Decís que trabaja en el *music-hall*? ¿Un acróbata? ¿Un hermoso bruto?

RINALDI. Muy bruto, pero admirable... Sois artista; lo comprendéis todo.

LEONARDO. ¿Y decís que os amenaza de continuo con dar un escándalo?

RINALDI. Llevo entregados más de cinco mil francos.

LEONARDO. Eso es horrible. Habéis sido débil... dos veces.

RINALDI. No diréis a nadie...

LEONARDO. Yo no; pero ya lo sabía; no vayáis a creer que lo saben por mí los que me lo dijeron antes.

RINALDI. ¿Se dice? ¿Se sabe?

LEONARDO. No os asustéis. A Lady Seymour le ocurrió lo mismo con uno de sus *grooms*, y ahí la tenéis envuelta en el pabellón británico, sin dignarse dirigiros la palabra en toda la noche. He notado que muchas personas le muestran a uno frialdad, no por lo que saben de uno, sino por lo que se figuran que uno sabe de ellos.

ETELVINA. Por eso debe uno decir todo lo que sepa de todo el mundo. No por mala intención; al contrario, para cultivar la humildad y la tolerancia; para que se vea que todos somos del mismo frágil barro. Después de todo, la virtud sólo está compuesta de los vicios que no se tiene. Si fuera virtud

no comer manzanas, y yo hubiera sido Eva, no se pierde el mundo; porque yo no puedo ver una manzana; pero no se me ocurre murmurar de los que las comen; sus motivos tendrán.

LEONARDO. Todo tiene su razón; hasta la locura.

ETELVINA. (*Levantándose.*) Nos retiramos, es tarde. (*Al Príncipe Miguel.*) ¿Almorzarás mañana con nosotros?

P. MIGUEL. Sin falta. Escribiremos al Emperador.

DUQUE. (*A un Criado.*) El coche de Su Alteza; señores, Su Alteza se retira.

ETELVINA. Buenas noches a todos; bien hallados, antiguos amigos... Milady..., siempre ocupáis el mismo lugar en mi afecto.

LADY. Gracias, Alteza.

ETELVINA. Condesa... (*A Leonardo.*) Mi amable artista, vuestras obras ocupan siempre un lugar preferente en mi casa. ¿Trabajáis mucho? Es encantador vuestro nuevo estilo. Como los grandes artistas de otros tiempos, no desdeñáis ennoblecer con vuestro arte mil objetos entregados antes a la industria vulgar. Señores...

P. FLOR. (*A Harry.*) No tardes.

HARRY. Llegaré antes que tú. Hasta ahora.

P. FLOR. Querido tío, hasta mañana.

P. MIGUEL. Cuida tu salud, no entristezcas a tu madre.

P. FLOR. Ya ves mi vida. No saldré en toda la noche.

ETELVINA. Así me lo ha prometido. (*Salen la Princesa Etelvina, el Príncipe Florencio, el Duque de Suabia, Edith y el Príncipe Miguel.*)

ESCENA II

La CONDESA, LADY SEYMOUR, LEONARDO, LORD SEYMOUR
y HARRY LUCENTI. Después el PRÍNCIPE MIGUEL.

RINALDI. La Princesa se conserva admirablemente.

LEONARDO. Es joven todavía.

LADY. Lleva una vida santa; es muy buena para los pobres.

RINALDI. En Suabia es muy popular.

LEONARDO. Yo creo que en la corte inquietaban más las virtudes de la Princesa que los extravíos de su hijo; por eso les han aconsejado que viajen.

LORD. No me preocupo de los asuntos extranjeros.

- LEONARDO. Hablaba para mí solo, milord; los artistas tenemos esa costumbre.
- LORD. Mala costumbre. (*A Lady Seymour.*) Te acompaño. ¿Dónde pasas la *soirée*?
- LADY. En *villa* Miranda. Hay música *di camera*. ¡Deliciosa!
- P. MIGUEL. (*Entrando de nuevo.*) La Princesa va encantada de vuestra amable compañía.
- LADY. A su lado todo es amable. Alteza, hasta muy pronto. ¿Habéis recibido la invitación para mi concierto?
- P. MIGUEL. Un concierto que sólo una verdadera artista como vos sabría organizar. (*Salen, después de saludar, Lady Seymour, Lord Seymour, y el Príncipe acompañándolos.*)

ESCENA III

La CONDESA, LEONARDO y HARRY LUCENTI.

- RINALDI. ¿Lo veis? Tampoco me ha invitado. No me importa. Para nada necesito su invitación.
- LEONARDO. Por supuesto, os presentaréis sin ella.
- RINALDI. Tenedlo por seguro.
- HARRY. No os permitáis esa libertad con una dama inglesa; arriesgáis demasiado.
- RINALDI. Me presentaré del brazo de uno de sus *grooms*.
- HARRY. No está bien hablar de asuntos extraños.
- RINALDI. ¡Ah! Defendéis a vuestra hipócrita sociedad, después que sois una víctima de ella.
- HARRY. No me quejo. Yo hago mi voluntad, ellos la suya. Escandalizo Inglaterra; el mundo es muy grande.
- RINALDI. Y escandalizáis al mundo.
- HARRY. El mundo es estúpido. Si viviera uno para el mundo... ¿Vos vivís para el mundo?
- LEONARDO. La Condesa sí, y muy contenta.
- RINALDI. Y me preocupo mucho de la opinión.
- LEONARDO. Ya se conoce.
- RINALDI. Sin ironía.
- LEONARDO. En serio. ¡Vaya si se conoce! Pues digo si no os preocupara...
- HARRY. Me espera el Príncipe Florencio.
- RINALDI. Es gran amigo vuestro... De haber llegado a Emperador, hubierais sido a su lado algo así como...

- HARRY. ¿Su bufón queréis decir?
RINALDI. Sois muy triste para bufón.
HARRY. Los *clowns* ingleses son así; pueden servir para hombres de Estado en otros países.
- LEONARDO. Los bufones son siempre tristes. La risa es la gran enterradora. Se llora por lo que aun vive, por lo que aun duele, por lo que aun se recuerda; cuando se ríe de algo, amor, creencia, ilusión o memoria, es porque está bien muerto. Los bufones de Shakespeare son lo más trágico de sus tragedias. Hamlet se empequeñece ante los sepultureros que cantan y ríen entre las sepulturas; y al golpear de sus azadas en la huesa, salta la calavera del bufón Yorik para reír todavía con la mueca horrible de sus mandíbulas apretadas... Todo muere; sólo la risa sobrevive. ¿Qué es la vida eternamente renovada, sino la risa triunfadora con que el amor vence a la muerte?
- RINALDI. Pero la muerte es el fin de todo... y después...
HARRY. Después el infierno. Por suerte, en Italia tenéis un hermoso Infierno; ya os veo, querida Condesa, en el mismo círculo que Francesca; en la mejor sociedad, como siempre.
- RINALDI. No bromeéis con esas cosas. Yo tengo fe, y espero salvarme.
- LEONARDO. ¿Por qué no? Casi todas las vidas de santos, las más ejemplares, tienen dos partes; estáis en la primera todavía.
- RINALDI. No hablemos de esto. ¡Si supierais las noches que he saltado de la cama dando gritos, loca de espanto, porque al ir a dormirme, la idea de la muerte se apoderaba de mí! Y otras veces de día, en uno de esos días de luz y de fiesta, entre una multitud gozosa, pienso que toda aquella gente no existirá dentro de algunos años, que han de morir todos..., y siento impulsos de gritarles como si un peligro inminente les amenazara; y cae sobre mí como un velo de silencio y de sombra... Paso muy mal rato; he consultado con los médicos.
- LEONARDO. ¿Y qué os han dicho?
RINALDI. Que procure distraerme; que duerma siempre con luz, con gente cerca.
- LEONARDO. Es un tratamiento sencillo y que no altera la vida.

ESCENA IV

DICHOS, el PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE.

- SIGNORE. ¡Señores! ¡Ah! ¡La Condesa! ¡Cuánto tiempo sin verla! Pero no por eso os olvidaba.
- RINALDI. Muy amable el señor prefecto; mucho más cuando, siempre que he tenido el gusto de verle, ha sido para asuntos desagradables. Cuando el robo de mis alhajas.
- SIGNORÉ. ¡Ya, ya! No tendréis queja de mí. Cuando os pareció oír ruidos subterráneos en vuestra *villa*... Y cuando aquel famoso *escroc* quiso haceros *cantar* por medio de unas cartas...
- RINALDI. Falsificadas...
- SIGNORE. Y cuando los famosos anónimos que recibía la mejor sociedad refiriendo horrores de vuestra vida... Siempre dispuesto a servirlos y a protegerlos.
- RINALDI. Gracias, Signore... (*Bajo, a Leonardo.*) Nunca me acuerdo de su nombre.
- LEONARDO. Como no usa el verdadero, y todo el mundo lo sabe, se le llama el Signore..., para no confundirse...
- P. MIGUEL. No sabía yo que la Condesa era una de vuestras mejores clientes.
- SIGNORE. Temible... El robo de las alhajas, un reclamo formidable para hacerlas pasar por buenas; eran falsas y se tasaron en tres millones de francos. Y los anónimos los escribía ella misma para dárselas de calumniada.
- P. MIGUEL. Es graciosísima.
- SIGNORE. Pero muy peligrosa.
- RINALDI. (*A Leonardo.*) Me molesta el Signore; siempre saluda con aire misterioso, como si le hiciera a uno el favor de guardarle un secreto.
- LEONARDO. Algunos guarda. Dicen que piensa publicar sus memorias.
- RINALDI. Habrá que recoger la edición... ¿Me acompañáis?
- LEONARDO. Vamos.
- RINALDI. ¿No tenéis interés en aguardar a Imperia?
- LEONARDO. Ninguno. Vamos cuando queráis.
- RINALDI. Alteza, agradecida a vuestra amable invitación.
- P. MIGUEL. ¿Os retiráis tan temprano? Imperia debe llegar

- de un momento a otro. Sabe que estamos solos los preferidos, los íntimos...
- RINALDI. He decidido no ser vuestra amiga íntima. No sois agradecido. Yo creí que entre vuestra *villa* y la de Imperia no había más separación que un pequeño jardín y una puertecilla... Pero advierto que habéis levantado un muro infranqueable.
- P. MIGUEL. No seáis rencorosa. No fué culpa mía. La Princesa Etelvina admite a muy pocas personas en su intimidad.
- RINALDI. Muy juiciosa determinación. Procuraré imitarla. Hasta la vista, Alteza.
- HARRY. Voy también, Alteza.
- P. MIGUEL. Poeta diabólico, *cicerone* de infiernos como Virgilio, cuidad del Príncipe Florencio: su salud es muy delicada.
- HARRY. Cuido de él tanto como vos, Alteza. Le quitasteis su amante por hacerle un bien; yo procuro hacer lo mismo siempre que puedo.
- P. MIGUEL. Señores... (*Salen la Condesa, Leonardo y Harry.*)

ESCENA V

EL PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE.

- P. MIGUEL. ¿Y a qué debo el placer de veros por aquí, Signore?
- SIGNORE. El difícil cargo que desempeño, por complacer al Príncipe nada más, podéis creerlo, me obliga a molestias desagradables.
- P. MIGUEL. A mí no me molestáis nunca.
- SIGNORE. No; el moléstado soy yo. Figuraos que en Suabia se observa con recelo que os halláis aquí reunidos los dos Príncipes, posibles herederos de la corona imperial.
- P. MIGUEL. Hasta ahora. Leed. ¿No teníais noticia?
- SIGNORE. Un Príncipe heredero... Me alegro; digo, lo siento por vos..., pero me alegro, sí.
- P. MIGUEL. No penséis en mí. Alegraos o entristeceos..., como lo sintáis.
- SIGNORE. Me alegro, porque se temía que conspiraseis. Se me había encargado de vigilaros. Y para mí, que os conozco, que sé la vida que lleváis aquí...
- P. MIGUEL. Por no ser Emperador hubiera yo conspirado.

toda mi vida. ¿Creéis que puede cambiarse mi libertad por un Imperio?

SIGNORE. No insistáis. ¿Os hubiera yo advertido si no estuviese seguro?... El Gobierno de Suabia sueña con conspiraciones. Un día es un atentado, otro día una sublevación. La temporada pasada nos obligó a vigilar a un belga, sospechoso de anarquista, que vivía del modo más extraño: en un barracón de madera que él mismo se construyó. En efecto, recibía en su domicilio a las gentes más extrañas y más desharrapadas. Creímos haber dado con un centro terrible; procedimos a sorprenderlos, y resultó que se trataba de un fotógrafo de vistas de cinematógrafo. ¡Eso sí! ¡Qué vistas!... El proceso fué por atentado a las buenas costumbres. Todavía conservo las películas. Si un día queréis presentar una curiosa exhibición a vuestros íntimos, os la prestaré con mucho gusto.

P. MIGUEL. Gracias. Podriais también sorprenderme ese día, creyendo que se conspiraba.

SIGNORE. En mi larga carrera jamás he cometido una indiscreción.

P. MIGUEL. Y de algo debéis enteraros.

SIGNORE. ¡Poseo la clave de tantos sucesos inexplicables!... La mayor parte de la gente conoce de la vida, como del teatro, la escena nada más; y la verdadera comedia está entre bastidores.

P. MIGUEL. A propósito. El Príncipe Florencio...

SIGNORE. Siempre vigilado, aunque a veces es difícil la vigilancia. Ese inglés conoce unos sitios y a una gente... Haría buen policía.

P. MIGUEL. Vos sí que sois insubstituible.

SIGNORE. ¿Verdad que sí? Insubstituible. Quisiera yo ver esta torre de Babel, donde todo parece tranquilo, amable, en manos de cualquiera... Porque lo difícil de mi cargo no es enterarse de lo que conviene, sino dejar de enterarse de lo que no conviene. Alteza, a vuestras órdenes; y perdonad por haber tenido que sospechar de vos.

P. MIGUEL. Estáis perdonado. (*Sale el Signore. Imperia ha ido bajando, durante el final de la escena, la escalera del hall.*)

ESCENA VI

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL.

P. MIGUEL. ¡Imperia! ¿Cómo estás? No nos hemos visto en todo el día. No he tenido una hora libre.

IMPERIA. Yo también he tenido gente.

P. MIGUEL. Ya veo...

IMPERIA. No, por eso no; ya sabes que no me visto para los demás; me visto para mí. Me gusta verme así, con trajes hermosos. ¿No han querido esperarme tus amigos?

P. MIGUEL. Todos tenían algún plan esta noche. La Condesa se ha enojado conmigo. No me pareció conveniente invitarla.

IMPERIA. Y ella se dió por invitada. Hizo bien. Donde asisten Lady Seymour y Harry Lucenti, bien puede asistir la Condesa. Es odiosa vuestra hipocresía.

P. MIGUEL. En primer lugar, de Lady Seymour se dice, pero no se sabe; en cuanto al poeta, es amigo del Príncipe y es un artista...

IMPERIA. La Condesa, en su género, también es artista.

P. MIGUEL. Es una loca. Ahora parece que está enamorada de un acróbata; y no se contenta con asistir al Circo todas las noches, sino que entra en el *foyer* de artistas y alterna con ellos.

IMPERIA. Sí, la he visto allí algunas noches.

P. MIGUEL. ¿Tú? ¿Tú vas al Circo?

IMPERIA. Sí, desde hace cuatro noches, sin faltar una.

P. MIGUEL. Nada me habías dicho.

IMPERIA. Nada me habías preguntado.

P. MIGUEL. ¿Y qué locura...?

IMPERIA. No es locura. Yo voy a ver a mi hija.

P. MIGUEL. ¿A tu hija? ¿Qué hija es ésa? Yo no sabía...

IMPERIA. Nunca me has preguntado. ¿Qué sabes tú de mi vida? Lo que te han dicho los demás, que nada saben tampoco; lo que yo he querido decirte, que siempre te diré la verdad.

P. MIGUEL. ¿Y esa hija...?

IMPERIA. Es del único hombre a quien he querido.

P. MIGUEL. Gracias.

IMPERIA. Lo quiero todavía. ¡Siempre!

P. MIGUEL. ¿Y dónde está?

IMPERIA. En la cárcel, indultado de la pena de muerte, por toda la vida.

P. MIGUEL. ¡Poético incidente!

IMPERIA. Mató a un extranjero en Roma para robarle. Llevaba tres días sin comer. Los modelos no ganábamos nada; la *malaria* había ahuyentado de Roma a los artistas.

P. MIGUEL. ¿Y tú vivías entonces con él?

IMPERIA. No; él vivía con su madre; yo, con mis padres y mis hermanos y con mi hija. Mi padre tenía una barraca a orillas del río, medio hostería, medio teatro. Nos necesitaba a todos; por el día servíamos de modelos; por la noche bailábamos tarantelas en el barracón, y cantábamos canciones napolitanas. Leonardo tuvo que dar quinientas liras a mi padre para que me dejara ir a vivir con él.

P. MIGUEL. ¡Imperia! ¡Es horrible!

IMPERIA. Es la verdad. ¿Qué iba a hacer mi padre? Había que vivir.

P. MIGUEL. Y tu hija, ¿qué edad tiene?

IMPERIA. Catorce años. Tenía yo quince cuando nació.

P. MIGUEL. ¿Y qué ha sido de ella en tanto tiempo?

IMPERIA. Allá con mis padres.

P. MIGUEL. ¿Y no se te ocurrió nunca tenerla a tu lado?

IMPERIA. ¿Para qué? Yo enviaba dinero para que no les faltase nada. Allí estaba mejor. Yo sí hubiera vuelto muchas veces; pero traerla a ella...

P. MIGUEL. ¿Y ahora?

IMPERIA. Me escribieron que se había enamorado de un muchacho.

P. MIGUEL. ¿A los catorce años? ¡Qué precocidad!

IMPERIA. En Italia, no; no somos como vosotros. De un muchacho que bailaba también en el teatrillo. Se ha escapado con él.

P. MIGUEL. ¡Admirable!

IMPERIA. Y ahora están aquí contratados en el teatro nuevo de Mr. Jacob. Donina, se llama Donina, como yo en mi casa; es la estrella de la *troupe*. No es bonita, pero es graciosa..., graciosa. Es como yo era..., como yo hubiera sido. Y el muchacho es un buen mozo. ¡Bello, bello! Un ángel de Madonna, pero un pillete redomado. Las mujeres se le disputan, y Donina se desespera; es celosa, celosa como yo era, como yo hubiera sido.

P. MIGUEL. ¡Pero Imperia! ¡Me da frío oírte! ¿Y tú consientes?... ¿Tú?...

IMPERIA. ¿Qué? ¿Que mi hija quiera a un hombre, que sea dichosa queriéndole y que sufra por él? ¡Esa es la vida! Yo le dije: «¿Quieres venir conmigo, vivir en una casa *bella, bella...*, con vestidos como éste?» Y no quiere. Es natural: ¡no me tiene cariño!...

P. MIGUEL. ¿No quiere a su madre? ¡Es horrible!

IMPERIA. Es la verdad. ¿Por qué ha de quererme? La dejé cuando tenía dos años; sabía que yo estaba lejos, que la enviaba regalos y besos... por carta... Mis hermanos le dirían horrores de mí... y mis padres, porque, es claro, siempre les parecía poco lo que yo enviaba.

P. MIGUEL. ¿Puede vivirse así?

IMPERIA. ¿Por qué? Si nos queremos. Que alguien hiciera daño a uno de la familia, nos vería a todos unidos para la venganza, sin perdonar al enemigo, aunque pasaran años. Y entre vosotros, ¿qué?... ¿Dónde está vuestro cariño? No os insultáis, ¡es claro!, ni andáis a golpes, ni nadie da quinientas liras cuando se enamora o se casa con una de las vuestras. Es que entre vosotros nada parece lo que es. Ni lo que sentís, ni lo que habláis... Y entre nosotros todo es verdad; por eso parece peor.

P. MIGUEL. Acaso tienes razón. ¡Afrontamos tan pocas veces la verdad de vuestra vida!...

IMPERIA. Y ahora te dejo. Voy a ver a mi hija.

P. MIGUEL. Yo también quisiera verla. Espérame allí.

IMPERIA. Pero no te des a conocer.

P. MIGUEL. ¿Por qué?

IMPERIA. Sabe que vivo con un Príncipe, y ella se figura a un Príncipe de cuento de hadas... ¡*Bello, bello!*

P. MIGUEL. Y tendría una desilusión. ¿No es eso? ¡Qué amable!

IMPERIA. Es la verdad. Ella es... como yo era; sólo comprende el amor... como el suyo... ¡Vida, alegría, juventud! (*Telón.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO



CUADRO SEGUNDO

El salón de descanso en el *Music-hall*; figura una gruta fantástica. Veladores y sillas a un lado y a otro. Caballeros y señoras fuman y refrescan sentados a los veladores. Mozos van y vienen. Al fondo orquesta de tziganes.

ESCENA I

MR. JACOB, un ARTISTA, RUJÚ-SAHIB sentado; bebe enormemente.

- JACOB. *(Al Artista.)* ¿Y esto? ¿Qué os parece de esto? Permitidme: desde aquí es el punto de vista.
- ARTISTA. ¡Admirable! ¡Mágico!
- JACOB. Había que encontrar esto... ¿Eh? ¿Qué me decís? Permitidme: desde aquí es otro punto de vista.
- ARTISTA. ¡Admirable! ¡Mágico!
- JACOB. Idea mía; no se me ocurrió en un instante, podéis creerlo; ideas así no se tienen todos los días. El salón de descanso convertido en una gruta. Es un reposo para el cuerpo fatigado y la imaginación excitada por el espectáculo deslumbrador de la escena. En toda Europa, en toda América, no habéis visto cosa semejante. Es el más espléndido *music-hall* del mundo. ¡Cuatro millones de francos enterrados! Podéis decirlo en vuestro periódico.
- ARTISTA. En mi... ¡Oh, Mr. Jacob! Yo no soy periodista.
- JACOB. ¡Cómo! ¿No sois corresponsal del *Correo de Espectáculos de Milán* y del *Monitor del Empresario de Génova*?
- ARTISTA. Yo no he dicho...
- JACOB. ¿Y una tarjeta que he recibido en la Dirección?
- ARTISTA. No es mía... Una equivocación... Yo soy artista,

- artista bien conocido. Venía a proponeros un negocio brillante.
- JACOB. Un negocio...
- ARTISTA. Mi contrato; me recomienda...
- JACOB. ¡Y para esto me tiene dos horas, perdiendo mi tiempo en enseñarle mi teatro! *Andate al diavolo. Morte de un cane. Mais fichez moi la paix toute de suite.* ¡Perder mi tiempo! ¡Un tiempo sagrado!
- ARTISTA. ¡Mr. Jacob; Mr. Jacob!... (*Mr. Jacob sale apresuradamente, y el Artista le persigue.*)
- R.-SAHIB. (*Llamando a un Mozo.*) ¿Ha terminado la primera parte?
- MOZO. En este momento. ¿No veis la gente que sale del teatro?
- R.-SAHIB. Quita esta botella de delante y trae otra botella. Ésta la pago yo; no va a la cuenta de *madame*.
- MOZO. *Madame* dice que no paga más cuentas; ayer armó un escándalo.
- R.-SAHIB. Dice que ésta la pago yo; trae otra botella; no habla más o rompe la cabeza.
- MOZO. Voy, voy.
- ESTHER. Mira el de los elefantes.
- JULIETA. Es un tipo...
- ESTHER. Para completar una colección.
- JULIETA. A mí no me completa, me descabala; sería impar.

ESCENA II

DICHOS, JENNY y TABACO.

- ESTHER. ¡Oh, Tabaco, el clown negrito! ¡Qué gracia me hace! ¡Parece un mono!
- JULIETA. ¿Es su mujer?
- ESTHER. Sí; ella es inglesa. Están casados de verdad, y deben quererse mucho, porque tienen siete chiquillos.
- JULIETA. ¿Rubios?
- ESTHER. Hasta ahora, no; todos al padre. ¡Qué desanimado está esto!
- JULIETA. No más que mujeres.
- JENNY. (*A Tabaco.*) ¿Estuviste en el Crédito?
- TABACO. Sí. (*Apuntando en una cartera*) Déjame hacer mi cuenta. He comprado cinco mil francos de renta

turca. Si puedo vender como la semana pasada..., son cien francos que se ganan.

JENNY. Muy bueno.

TABACO. Tiene que comprar un vestido nuevo para el trabajo.

JENNY. ¿Para qué? ¡Tirar dinero!... Para hacer el clown, ¿vas a poner vestidos de seda?

TABACO. El ruso pone uno cada noche.

JENNY. Y la gento no ríe más por eso. Ser artista como tú... ¿El ruso? Mr. Jacob es idiota de pagarle seis mil francos.

TABACO. A Mr. Jacob le parece mucho que yo le haga pagar diez mil francos. Busca para echarme del público, pero el público no ríe más que con Tabaco. No hay más que un Tabaco en el mundo. Ahora pone al ruso en la segunda parte, en el buen lugar, y a mí el tercer número de la primera. Y el público viene temprano por verme, y se va temprano por no ver al ruso. El público es quien paga a los artistas; no son los empresarios quienes pagan; no es el artista quien pone precio.

JENNY. Mr. Jacob es un canalla... Se cree siempre a la barraca. (*Entra el Cornac muy apresurado.*)

CORNAC. ¡Mr. Rujú, Mr. Rujú!... ¡Venga en seguida! Nerón está muy enfadado. Ha roto la barra de su cuadra y no deja poner la manta para trabajar.

R.-SAHIB. ¡Ahora va, ahora va! Eso es que tiene calor. Hace mucho calor. Que le den cerveza. Yo también quiero cerveza. ¡Mozo!...

CORNAC. *Madame* no quiere que los elefantes beban cerveza.

R.-SAHIB. *Madame* no quiere nada por no pagar nada. Soy yo quien paga la cerveza. Una botella para mí, un cubo para los elefantes. (*Entra Mr. Jacob*).

JACOB. ¡Rujú, Rujú... Uno de los elefantes está muy inquieto; ha hecho un estropicio en la cuadra: un estropicio de doscientos francos. Y lo peor es que no quiere trabajar.

R.-SAHIB. Sí trabaja, trabaja. ¡Pobre animal! Es una bestia dulce; solamente no le comprenden.

JACOB. Si no venís a poner orden...

R.-SAHIB. Espere; no hace nada *Nerón*; lo conozco yo; no hace nada; no tiene cuidado; el más dulce de los siete.

JACOB. Y no bebáis tanto. El público nota cómo salís a trabajar, y los elefantes también lo notan.

- R.-SAHIB. ¿Cómo salgo yo? Yo sé cómo sale... Yo sabe salir al público... Sois un imbécil en decir eso. Yo bebe, bebe..., pero yo sé lo que bebe.
- JACOB. *Ma andate al diavolo. Domned rascal. (Rosina y Pepita detienen a Mr. Jacob.)*
- ROSINA. Mr. Jacob, ¿estáis enfadado?
- JACOB. Ese indio salvaje, después de costarme doce mil francos y la comida de los animales... ¡Y no comen los animalitos! Y el público no se divierte; visto una vez, visto siempre. ¡Un buen negocio! ¡Ah, el negocio! Los que ven el público y me ven aquí solamente, dicen: «¡Ah, Mr. Jacob! ¡El hombre de la suerte! Teatro lleno, grandes *recetas*, el *maximum tous les soirs...*» Pero no ven dentro; no ven lo que son artistas, lo que es una administración, lo que es un negocio...
- ROSINA. Vaya, Mr. Jacob, no me gusta verle enfadado; y ahora que voy a pedirle un favor.
- JACOB. ¡Favores, siempre favores!
- ROSINA. Es para esta amiguita.
- PEPITA. *Monsieur...*
- ROSINA. ¡Si fuerais tan amable que la concedierais una entrada de favor para la temporada!... Concedido, ¿verdad?
- JACOB. ¿Pero es posible que no encontréis quien os pague la entrada?
- ROSINA. Y si no fuera por nosotras, ¿quién vendría aquí?
- JACOB. Al contrario; habéis echado a la gente bien, a la gente...
- ROSINA. No digáis. ¿Cuándo se ha visto por aquí tanto Príncipe? ¿Conque seréis amable?
- JACOB. Basta que sea recomendada tuya. Pasaos luego por la Dirección. Pero aconseja a tu amiga que cuide un poco la *toilette*.
- ROSINA. Acaba de llegar; todavía no tiene equipaje..., pero corre de mi cuenta...
- JACOB. ¿De dónde procede tu amiguita?
- ROSINA. De Marsella.
- JACOB. ¡Oh! ¡De Marsella! Que no diga que viene de Marsella. No es cartel.
- ROSINA. Por supuesto. Como tampoco tiene el aire muy parisién, piensa lanzarse como española.
- JACOB. Muy gastado también el género español; pero, en fin, mejor que Marsella... Lo importante es hacerse una personalidad; no ser una más... En la cara hay algo... Bien dirigida puede llegar...

Aunque es muy difícil... ¡Sois tantas! Pero no hay que desanimarse. Buena suerte, chiquitas; buena suerte. No puedo detenerme.

ROSINA. Muchas gracias, Mr. Jacob.

PEPITA. Muchas gracias. (*El Príncipe Florencio y Harry Lucenti han salido momentos antes y se han sentado.*)

ROSINA. ¿No te decía yo que era muy amable?... Mira, mira... Un Príncipe. El Príncipe de Suabia.

PEPITA. ¿Vienen muchos Príncipes?

ROSINA. Verdaderos, pocos. (*Salen hablando.*)

JACOB. (*Al Príncipe.*) ¡Alteza! Un gran honor para mí y para mi teatro. A vuestras órdenes, Alteza. ¡Caballero! Me olvidaba: en la semana próxima nuevos y sensacionales *débuts*. Un solo número veinte mil francos. El negocio de más en más difícil... ¡Alteza! (*Sale de espaldas haciendo cortesías.*)

HARRY. ¡Admirable, Mr. Jacob!

P. FLOR. Debe llevar una vida muy alegre entre sus artistas. (*Mr. Jacob se ha acercado a Mme. Jenny, que hace labor de gancho.*)

JACOB. Pero Mme. Jenny, siempre hemos de reñir.

JENNY. ¿Y por qué, Mr. Jacob?

JACOB. ¿Es este sitio para que vengáis a hacer calceta?

JENNY. ¡Oh! Hace lo que quiere. Trabajo para mis pequeños. ¿Qué mal hay en esto?

JACOB. Podéis hacer aquí también vuestra cocina si os parece.

JENNY. Es preferible hacer... lo que hacen otras.

JACOB. La culpa la tengo yo por tolerar que los artistas pasen con el público.

TABACO. ¿A mí me dice esto?

JENNY. Ya se ve que no estáis acostumbrado a tratar artistas.

JACOB. ¿Yo no estoy acostumbrado a tratar artistas?

TABACO. No; esto no es un teatro; esto no es un circo..., ¡esto es un burdel!

JENNY. (*Señalando a las «cocottes».*) Ésas, ésas son las artistas que necesito.

JACOB. ¡Si no mirara al público!...

TABACO. ¿Qué, si no mirara al público? Espera, espera. (*Disponiéndose a pegarle. Se interpone la gente y los separan.*)

UNOS. ¡Mr. Jacob!

OTROS. ¡Tabaco! *Messieurs!* (*Entra el Cornac corriendo.*)

CORNAC. Mr. Rujú, Nerón rompe todo; quiere escaparse.

- R.-SHIB. ¡Oh! ¡Va, va!... No dejan tranquilo. *Sale con mucha calma, después de beber. Suenan los timbres.*)
- JACOB. No quiero perder mi tiempo..., un tiempo sagrado... Lllaman para la segunda parte. *Stupid people!* (*Sale Mr. Jacob.*)
- TABACO. No está un día más aquí; no está un día más... Te lo digo. (*Entra Mme. Lelia con un gran cabás.*)
- LELIA. ¿Qué os pasa, Mr. Tabaco? Habéis tenido un disgusto con Mr. Jacob. No me extraña. Es un grosero, un indecente... Buenas noches, Mme. Jenny. ¿Cómo están los niños?
- JENNY. Demasiado bien. No hay dinero para lo que comen y lo que rompen.
- LELIA. Todo es salud y fuerza; ya lo ganarán.
- TABACO. Eso sí; serán unos acróbatas magníficos; mejor que los Sheffer.
- JENNY. ¿Y vuestro pequeño, Mme. Lelia?
- LELIA. Muy fastidioso, muy fastidioso; como he tenido que quitarle el pecho...; con mi trabajo del alambre no era posible; no podía sentarle.
- JENNY. Yo he criado a los siete con biberón. Los artistas no podemos criarlos de otra manera. Y en seguida a comer de todo.
- LELIA. ¿Y qué decía Mr. Jacob?
- JENNY. Muy enfadado porque hago aquí mi labor, un gabancito para mi Alex.
- LELIA. También se enfadó conmigo la otra noche porque dice que este sombrero no está presentable. ¡Un sombrero que me costó quince francos en la última Exposición de París! Aquí estamos de más los artistas y las personas decentes.
- TABACO. Esto no es un circo. Cuando se ha trabajado al Circo de Wulf a Berlín, al Circo de Rentz a Viena, al de Corradini a Roma... Esos son establecimientos serios; allí un artista es un artista.
- LELIA. Eso era antes; ahora todo está lo mismo, poco más o menos. Con cualquier aparato eléctrico o cualquier *truco* se improvisan artistas, y los verdaderos artistas tenemos que trabajar por nada. Me parece que mi marido, en su trabajo de dislocación, es un talento.
- TABACO. No es posible más.
- LELIA. Y yo en el alambre, sin vanidad, hago lo que pueda hacer cualquiera; y hago más, hago el paso de frente con pirueta y *flin-flan*, que soy la única mujer que lo ejecuta en Europa.

- TABACO. No cabe más.
- JENNY. Ha empezado la segunda parte.
- LELIA. ¿Entráis a ver el espectáculo?
- JENNY. Sí, al clown ruso; mi marido necesita aprender.
- LELIA. ¿Es posible, Mr. Tabaco? ¡Qué bromista!
- TABACO. Sí; Mr. Jacob encuentra muy gracioso al ruso.
- LELIA. Yo espero aquí a mi marido. Muchos besos a vuestros pequeños, Mme. Jenny.
- JENNY. Y al vuestro de mi parte, Mme. Lelia. (*Salen Jenny y Tabaco. Entran Nunú y Tommy.*)
- TOMMY. (*Señalando al Príncipe.*) Están allí; mira.
- NUNÚ. Ya decía yo que estarían aquí. Al Príncipe no le gusta entrar en el escenario.
- TOMMY. ¿Nos acercamos?
- NUNÚ. Cuando nos llamen; ya conoces al Príncipe. Nos sentaremos aquí. Te convido. (*Se sientan.*)
- TOMMY. ¿Y cenamos allí esta noche?
- NUNÚ. Sí.
- TOMMY. ¿Donina también?
- NUNÚ. Es tonta... No quiere venir. Siempre celosa, porque yo bromeo con todas.
- TOMMY. ¿Por qué no bromea ella también?
- NUNÚ. ¿Ella? Si quisiera... con el Príncipe, nuestra fortuna.
- TOMMY. ¿Y por qué no la haces ir a la fuerza?
- NUNÚ. ¿A la fuerza? No la conoces. No vendría. Pero vendrá por celos; le dirán que yo estoy allí con otras mujeres... Y ella solita se meterá en la boca del lobo.
- TOMMY. ¿Pero al Príncipe le gusta Donina?
- NUNÚ. ¡Qué sé yo! Tiene ese capricho. Yo estoy harto de ella y necesito dinero, mucho dinero, para quitarme de esta mala vida y ser persona decente. El Príncipe es muy raro; como todos estos grandes señores, no sabe lo que quiere.
- TOMMY. ¡Ya, ya! ¿Sabes lo que le ha sucedido a Freed con una condesa? Le regaló muchas alhajas y bastante dinero, y ahora que se ha cansado de él, dice que ha sido un *chantage*, y le amenaza con la Policía...
- NUNÚ. ¡La Policía! Tonto será si se acobarda. Yo te aseguro que como coja al Príncipe por mi cuenta, no se quejará a la Policía.
- TOMMY. Pero el Príncipe... ¿por qué?
- NUNÚ. ¡Imbécil! Donina es menor de edad. Yo conozco la ley. Al Príncipe no le conviene un escándalo. ¿Has entendido?

- TOMMY. ¡Qué sé yo! Si yo fuera Príncipe me tendría todo sin cuidado.
- NUNÚ. Y a mí también. Pero esta gente es así; quiere divertirse a su gusto y quiere que no se sepa, y eso cuesta dinero.
- TOMMY. Pero mira que esta gente siempre va bien guardada, aunque no lo parezca.
- NUNÚ. Éste no. Hay interés en sorprenderle en algún mal paso. Me ha hablado para ello gente de la Policía que me ha visto con él. Parece que allá, en su país, tiene un partido grande que desea hacerle Emperador; por eso le han mandado lejos.
- TOMMY. ¿De modo que estás hecho todo un conspirador?
- NUNÚ. ¿Yo? ¡Qué me importa! Yo quiero dinero, que es todo lo que nosotros podemos sacar. Por mí, que sea Emperador. Yo sólo deseo dejar esta vida, volver a mi tierra, casarme con la muchacha que quiero de verdad, una muchacha honrada de verdad. Su padre no me quiso porque yo era un perdido; pero cuando vea que tengo dinero, una posición...
- TOMMY. De modo que Donina...
- NUNÚ. Donina... Es ella la que me quiere; yo me dejé querer como de las demás. Todas estas mujeres de teatro son buenas para.. éstos; *roba di principi*.
- TOMMY. Y yo creí que la querías, que estabas tan contento con esta vida.
- NUNÚ. Se vive como se puede, pero pensando en otra cosa que está más cerca o más lejos... ¿No vives tú también así?
- TOMMY. Eso sí; pero yo estoy atado con esa mujer y el chico... ¿En qué voy a pensar?
- NUNÚ. Para ti no; pero pensarás que tus hijos no sean como tú, que vivan de otra manera...
- TOMMY. Eso sí.
- NUNÚ. Pues ya ves.
- ESTHER. ¿Cuál es el Príncipe?
- JULIETA. El más joven, el que no habla. No habla nunca. Y éstas (*Señalando a Rosina y Pepita, que se habrán sentado antes a la mesa del Príncipe*) estarán tan orgullosas. Han hecho su suerte.
- ESTHER. Entonces, ¿a qué viene aquí el Príncipe?
- JULIETA. Por los artistas. Su secretario particular, ese inglés que le acompaña siempre, organiza unas cenas... muy originales, según dicen, en una es-

pecie de caverna frecuentada por la peor gente.
(*Rosina y Pepita, que acompañan al Príncipe, se levantan y se despiden.*)

ESTHER. Parece que desisten muy aburridas... Y ellos se ríen.

JULIETA. ¡Naturalmente! Yo las digo algo al pasar...

ESTHER. No vayas a escandalizar y Mr. Jacob nos recoja la entrada.

P. FLOR. ¡Oh! Harry, me aburro esta noche, me fastidio. ¿Qué inventarías?

HARRY. Marchar a Suabia; haceros proclamar Emperador; declarar la guerra al mundo entero...

P. FLOR. ¡Calla, poeta imperialista!

HARRY. ¿Por qué no? Y Emperador yo mismo. ¿Recuerdas lo que dice Hamlet? Yo podía vivir en una cáscara de nuez y creerme el soberano del más vasto territorio del mundo.

P. FLOR. Pero estos sueños me hacen infeliz, añade.

HARRY. A mí no. Yo reino dentro de esa cáscara de nuez. He fundado el imperio de mí mismo, en guerra con todo el mundo. Mi espíritu es una isla más inexpugnable que las islas de mi patria.

P. FLOR. ¿Y cómo has conseguido...?

HARRY. Haciéndome odiar de todos. Todas las flaquezas, todas las concesiones, todas las cobardías de nuestro espíritu, son obra del amor, de la simpatía. Por ella concedemos a los demás cualidades que en realidad no poseen, y nos creemos obligados a mostrarles en cambio cualidades que nosotros no poseemos.

P. FLOR. Paradojas. De mí no te has hecho odiar.

HARRY. Todavía no. Nunca te he dicho la verdad.

P. FLOR. Porque no habrás querido... Puedes decírmela.

HARRY. ¿La verdad? Eres un pobre diablo de Príncipe, ridículo y mezquino en todo.

P. FLOR. ¡Bah! El *wisky*.

HARRY. La verdad, Florencio; la verdad. ¡Tus escándalos, tus vicios! Quieres escandalizar a la Humanidad, y sólo escandalizas a las vetustas damas de la corte de Suabia. Tus bacanales son partidas de *restaurant* a quinientos francos; escapadas de colegial que ha leído cuatro malas novelas. Los antros infernales a que descienes con miedo mal disimulado..., éstos. ¡Salve, Imperator! ¡Hellogáballo! ¡Hijo del Sol!

P. FLOR. ¿Has terminado? Por esas verdades no consegu-

rás que te odie... Los tiempos no consienten Nerones, ni Heliogábalos... Tampoco tú has podido llegar a Shakespeare, aunque hayas escrito sonetos como los suyos; uno, por cierto, copia de otro italiano del siglo XVII.

- HARRY. (*Muy indignado.*) ¡Mentira! Yo no plagio a nadie... Calumnias de envidiosos; ya demostré que el soneto italiano era apócrifo; lo inventaron para mortificarme; lo demostré y ya nadie lo cree. Es un imbécil el que diga... Tú lo eres si lo dices...
- P. FLOR. (*Riendo.*) Ya ves, querrido Harry, cómo es más fácil hacerse odiar de un poeta con la verdad, que de un Emperador.
- HARRY. ¡Bufone! (*El Príncipe se levanta y se dirige hacia Nunú y Tommy.*)
- P. FLOR. Querido Harry, vamos, combina algo grande y diabólico para esta noche. Tienes crédito por más de quinientos francos. Buenas noches, Nunú; buenas noches, Tommy.
- NUNÚ. ¡Alteza!
- P. FLOR. Sentaos, cubríos... ¿No habéis trabajado todavía?
- NUNÚ. No; nuestro número va casi al final; os esperábamos.
- P. FLOR. ¿No faltará nadie esta noche? ¿Ni la *tua* Donina?
- NUNÚ. Donina...
- P. FLOR. Di que eres tú quien no quiere que vaya. Lo voy sospechando; quieres pasar por cínico; dices: ¡Bah! La *piccola* Donina *me n'infischio*.. Y estás enamorado y la guardas para ti solo.
- NUNÚ. ¡Oh, no, Alteza! Ella es la que está enamorada de mí; ya lo sabéis... (*Fijándose en una sortija del Príncipe.*) Permitid. ¡Qué hermosa sortija!
- P. FLOR. ¿Te gustan las joyas?
- NUNÚ. Más que todo.
- P. FLOR. (*Reparando en una de Nunú.*) Ya veo...
- NUNÚ. Es un vidrio de color... De noche, a la luz, hace bien... Cuando no se puede otra cosa... Y esa piedra, ¿cómo se llama?
- P. FLOR. Rubí; y ésta es un ópalo.
- TOMMY. Esa es de mala suerte.
- P. FLOR. Para los demás. ¿Te atreves a llevarla? (*Arrojándole la sortija.*)
- TOMMY. ¡Ya lo creo! (*Poniéndose la sortija.*) Gracias, Alteza. Lo que sentiré es no poder llevarlas mucho tiempo; porque entre nosotros llega un día de apuro... Esa será la mala suerte.

- NUNÚ. (*Ofendido.*) Ahora es Tommy vuestro amigo.
P. FLOR. Tú no lo eres mío. Para ti no hay regalo. Estamos reñidos.
- NUNÚ. ¿Y si esta noche os preparo una sorpresa?
P. FLOR. Entonces tendrás una sortija que haga morir de envidia a todos tus compañeros.
- NUNÚ. ¡Oh, *bella!*
P. FLOR. Y otras muchas cosas que sé yo que deseas. (*El Príncipe saca una petaca de oro y ofrece cigarrillos.*)
- NUNÚ. ¡Otra petaca! De oro... Todas son de oro... Pero ésta tiene piedras. ¿Es vuestro nombre?
P. FLOR. No, unos versos en inglés... Guárdala, Nunú.
NUNÚ. Alteza...
P. FLOR. Guárdala, te digo.
NUNÚ. ¡Oh, *bella!* ¿Has visto, Tommy? Son brillantes y... como eso...
- TOMMY. Rubíes...
NUNÚ. ¿Y decís que son versos? (*Leyendo.*) *Oh you the master mistress...* No leo más.
- HARRY. Ni te hace falta.
NUNÚ. Ahí viene Donina con Zaida.
HARRY. ¿Esa muchacha árabe, según dice ella?
NUNÚ. Sí, sí lo es. De Constantina, en Argelia. Es hebrea. Bailaba danzas orientales; después su empresario se la dejó al nuestro, y baila con nosotros. Puede pasar por napolitana.
- P. FLOR. Yo creí que lo era.
NUNÚ. Es una muchacha tristonra: siempre llora; llora por todo.
- P. FLOR. ¿Y esa con quién está?
NUNÚ. Con ninguno. A mí me quiere, lo conozco; pero es tan amiga de Donina, que cuando le digo algo se pone como una fiera. A Donina la quiere con ceguedad; es una leona para defenderla.
- HARRY. Entonces, acabaréis por quereros todos.
NUNÚ. Os digo que no. Es inocente como un niño recién nacido.
- P. FLOR. No es extraño. Entre vosotros... Ya no nos veremos hasta luego. ¿Iréis desde aquí?
NUNÚ. Con los trajes del teatro, como se ha convenido.
P. FLOR. ¿No faltará nadie?
NUNÚ. Creo que no. Quiero probaros que soy vuestro amigo.
- P. FLOR. Hasta luego. Vámonos, Harry. (*Viendo a Imperia, que ha salido momentos antes con Donina y Zaida.*) ¡Ah, Imperia! ¿Has visto, Harry? (*Nunú y*

Tommy se han acercado al grupo de las mujeres. Donina se levanta y disputa con Nunú, algo apartados de los otros.)

HARRY. Sí; me han contado la historia que le trae por aquí. Amistad antigua y fraternal (entre estas gentes todo es *fraternal*) con la madre de Donina: fueron compañeras de *troupe*. Supo que la chiquilla estaba aquí; vino a verla una noche... y ha vuelto. Esta es la verdad officiosa.

P. FLOR. No sabrá mi tío que su amiga frecuenta estos lugares; le parecería una falta de decoro. Habrá que decírselo.

HARRY. ¡Oh, sí! Debe decirse todo lo que puede molestar. *(Salen el Príncipe y Harry.)*

NUNÚ. *(A Donina.)* Ya has visto con quién hablaba.

DONINA. Y antes en la escena. ¿Crees que no lo sé, que no lo he visto? No quedaba otra; la japonesa, mientras su marido trabajaba... Y esta noche sé que hay gran fiesta; pero no has contado conmigo.

NUNÚ. Al contrario: estás invitada.

DONINA. ¿Yo, yo? Para que delante de mí... Lo que me da más rabia no es que tú rías con otras y las abracés y las beses. Es que si alguno pretende hacer lo mismo conmigo, tú lo consientas y te rías también.

NUNÚ. ¡Qué tonta eres! *(Saca la petaca y enciende un cigarrillo.)*

DONINA. *(Viendo la petaca.)* ¿Qué es eso? ¿Quién te ha dado esto? ¿Qué dice aquí?

NUNÚ. ¡Ja, ja, ja!

DONINA. *(Furiosa, pisoteando la petaca.)* ¡Mira, mira: ya no dice nada; ya no es nada! ¡Y lo mismo haría contigo y con quien...!

NUNÚ. *(Amenazándola.)* ¡Donina!... ¿Qué haces? ¿Qué has hecho? ¡Te juro que...!

IMPERIA. } *(Se interponen.)* ¡Quieto, Nunú!

y ZAIDA. }
NUNÚ. ¡Si no fuera porque estamos aquí!...

DONINA. ¡Pégame, mátame! ¡Sí, es preferible todo!...

ZAIDA. *(Abrazando a Donina.)* ¡Donina! ¡Pobre Donina!

NUNÚ. Vámonos a vestir, Tommy; vámonos. Esta noche vendrá. *(Salen Nunú y Tommy.)*

ZAIDA. No llores aquí; hay gente. Que no vean...

DONINA. ¡Qué me importa todo!

IMPERIA. Y ahora, ¿quieres venir conmigo?

DONINA. ¡No, no! ¡Con él siempre, aunque me mate! ¡Si antes no era así!... ¡Me quería mucho! Me engañaba con todas, es verdad; pero yo era siempre su Donina, la primera, la única después de todo. Y yo, en el fondo, hasta me sentía orgullosa de que todas le quisieran y que él, después de burlarse de ellas, volviera a mí siempre sin haberme olvidado. Pero ahora, no: hay peor voluntad en él. Más que con engañarme, parece que goza con que yo lo sepa. Y son esos hombres; desde que vinieron...

ZAIDA. Es muy malo Nunú; ahora es muy malo. Yo le quería antes. Donina no tenía celos de mí; sabía bien que le quería por ella; un cariño del corazón... Yo era como una hermana de los dos; Donina lo sabe. Pero es verdad; Nunú no es como era. Ya no reímos con sus bufonadas; porque era alegre, alegre. Cuando estaba contento, todo era risa a su alrededor.

DONINA. ¿Verdad que sí? ¡Éramos tan felices!...

ZAIDA. Horas enteras nos pasábamos riendo y cantando y bailando de alegría para nosotros solos y sin cansarnos, sin pensar que luego, en el teatro, teníamos que cantar y bailar en serio para el público.

DONINA. ¡Éramos muy felices!

ZAIDA. Y los tres juntos lo hubiéramos sido siempre.

DONINA. Son esos hombres, han sido esos hombres del infierno; ese Príncipe pálido que hiela la sangre sólo con mirar.

IMPERIA. Sí, el Príncipe; le conozco bien; sólo goza atormentando y envileciendo.

DONINA. Pero esta noche iré con ellos; eso es lo que quiere.

IMPERIA. ¡No, eso nó! Por el hombre que quieres, por el que eligió tu corazón y es igual a ti, vive... como se vive..., entre goces y penas; ya ves que ni te aconsejo ni te aparto de su cariño. Pero del Príncipe, sí; nunca te acerques adonde esté ese hombre. A su lado sólo se respira el odio, la miseria, la vergüenza. Sus queridas han de vestir harapos y son maltratadas sin piedad; se rodea de miserables y, a fuerza de dinero, no hay infamia que no consiga. Entrega una niña a un viejo repugnante; un mozo fuerte y sano a una mujerzuela enferma, y compra las hijas a los padres, las hermanas a los hermanos... Esas son sus fiestas de

infierno. Muchas veces allá en Suabia, en una noche de hielo, recogía por las calles a cuantos dormían al raso, y con su séquito de hambrientos miserables llegaba al depósito de muertos, de cuantos se suicidan o mueren en la calle asesinados, o de frío o de hambre. En invierno los había a montones: hombres, mujeres, criaturas también... ¡Era horrible! Y él arrojaba monedas de oro sobre los cuerpos muertos, y era una rebatiña cruel de aquella turba alocada por el brillar del oro. Una moneda caía sobre una herida abierta, y cien manos se estrujaban encima. Se empujaba a los muertos, se los pisoteaba, y él... ni reía siquiera: contemplaba, contemplaba siempre, como debe contemplar el demonio desde el infierno, todas las maldades que pueden cometer los que tienen hambre, obligados por los que no tienen corazón. Ese es el Príncipe pálido, el que hiela la sangre sólo con mirar.

- DONINA. Por algo le odio. Y Nunú no volverá nunca con él, o no me verá más.
- IMPERIA. ¿Vendrás conmigo?
- DONINA. ¡No; sin él, no! He dicho que no me verá más, porque me mataría. De otro modo no puedo dejar de verle.
- IMPERIA. Amor a vida o muerte... ¡Sea!
- ZAIDA. Donina, oigo la música del número que va antes del nuestro. No lleguemos tarde.
- DONINA. Es verdad. A cantar y a bailar. No iré esta noche, no iré. ¿Entrarás a verme?
- IMPERIA. Sí.
- DONINA. Hasta luego. Dame un beso. *(Por Zaida.)* Y a ti también.
- ZAIDA. También yo la quiero mucho, señora; a todos los que quieran a Donina. *(Salen Zaida y Donina. Entran la Condesa Rinaldi y Leonardo.)*
- LEONARDO. Lo que no me parece bien es que, apenas acabo de salvaros de un grave peligro, según asegurabais, os encuentre hablando con Rujú-Sahid, el domador de elefantes.
- RINALDI. ¿Vais a suponer...? ¡Un indio, un bárbaro!... Me refería particularidades de sus elefantes. Es muy curioso... La vida de esta gente es muy interesante, más divertida que la nuestra. ¿Qué os parece si yo, de pronto, me presentara en un circo? ¿Qué diría la gente?

LEONARDO. Que habíais sentado la cabeza, porque no sería el mayor disparate que habíais hecho.

RINALDI. La verdad es que esta vida siempre igual... ¡Qué monotonía!

LEONARDO. Y como suprimáis en lo que consiste la monotonía de vuestra vida, sospecho que vais a aburrirlos mucho.

RINALDI. Vaya, convidadme. Quiero tomar un helado; un *tutti frutti*; son deliciosos.

LEONARDO. Con mucho gusto. ¡Ah, Imperia! ¿Habéis visto...?

RINALDI. Sí, y otras noches...

LEONARDO. ¡Qué extraño! ¡Y viene sola! ¡Y con ese traje!...

RINALDI. Ella siempre viste imperialmente. Pero también alterna con los artistas; sólo que no trabaja en mi género.

LEONARDO. No entiendo...

RINALDI. ¡Qué inocente! ¡Como si no conocierais a vuestra *modelo* mejor que yo! A propósito: cuando la conocisteis, ¿qué era de su vida? ¡He oído tantas historias!...

LEONARDO. Yo la conocí en Roma, entre la multitud de modelos que pueblan la plaza de España. Donina, como la llamaban entonces, era una figurilla vulgar, de una pobreza triste; esa pobreza de las grandes ciudades, que no es sólo de hambre de pan, es hambre de todos los goces de la tierra. Entre otros modelos de oficio mendigaba una limosna de atención; los artistas no hallaban en ella belleza alguna. Tampoco yo; pero un día me pidió una limosna; su voz no era débil ni plañidera: era una voz firme que exigía atención; hablamos, y al hablar su cara era otra, otra la expresión de sus ojos, la actitud de su cuerpo. Ya no era la pobre modelo, era una obra de arte..., era mi estatua... Imperia, que muy poco después daba a conocer mi nombre... ¿La recordáis? Era ella, con las piernas descalzas, una faldilla hecha jirones y el cuerpo medio desnudo; figuraba haber trepado por una roca con penoso esfuerzo, y ya, en la cima, su cuerpo caía rendido sobre un trono y su cara resplandecía con una expresión indefinible..., una sonrisa de vida que triunfa o de muerte que lleva al descanso... Hace tiempo que no he vuelto a contemplar mi obra; mi sentimiento del Arte no es el mismo de entonces, pero estoy seguro de que algo había en ella. Una com-

binación de materiales atrevida: las rocas del pedestal eran de granito, la figura de mármol y el trono de bronce dorado resplandeciente.

RINALDI. ¿Y qué significa aquella estatua?

LEONARDO. ¡Qué sé yo! Quiere el artista hablar en sus obras, y las obras hablan por nosotros. La estatua era... ya lo veis; era mujer, Imperia; una mujer miserable que sube entre rocas, destrozado su cuerpo, y llega a un trono... Podía ser también algo más grande. El poderío del mundo conquistado al fin por todos los miserables de la tierra. ¡Qué sé yo! Era el esfuerzo humano por lograr lo que sueña... ¿Y quién no sueña un trono? Un trono en que triunfe nuestra voluntad con sus egoísmos y con sus amores.

RINALDI. ¿Y cuánto tiempo duraron vuestras relaciones con Imperia?

LEONARDO. Muy poco. El mismo aliento que dió vida a mi estatua infundió un nuevo espíritu en Donina; fué la estatua hecha mujer..., fué Imperia. El Príncipe Florencio la conoció en mi estudio, cuando yo terminaba mi obra. Era todavía la pobre Donina, con sus harapos y su carita de hambre... Ya conocéis los gustos del Príncipe. Una mañana se despidió de mí. «¿Adónde vas, chiquilla?», le pregunté. «A Suabia — me respondió —. A ser Emperatriz.» No pude reírme; había tal firmeza en sus palabras, tal fe de iluminada en sus ojos, que no era posible oponerse a su destino: aquella muchacha podía ser Emperatriz.

RINALDI. ¿Y no ha desistido de su sueño todavía?

LEONARDO. De su vida después, no sé nada. Dicen que el Príncipe Florencio la maltrataba como un rufián; que ella quiso matarle; que salió desterrada de Suabia; que en París se reunió con el Príncipe Miguel, y desde entonces vive tranquila y sólo piensa en enriquecerse.

RINALDI. El Príncipe Miguel es el más rico de los Príncipes de Suabia.

LEONARDO. Yes pródigo como un soberano de otros tiempos.

RINALDI. ¿Pues qué mejor imperio que el dinero para dominar al mundo? A esa realidad más práctica habrán quedado reducidos los sueños imperiales de nuestra Imperia. ¿No era dorado el trono de vuestra estatua?

LEONARDO. Era dorado, porque dorada es la luz, y era un

trono de luz, de sueño, de ideal. (*Imperia se levanta y va a saludarlos.*)

IMPERIA. ¡Condesa! ¡Leonardo! ¿No me habéis visto?

RINALDI. No. Perdonad...

IMPERIA. ¿Y hablabais de mí?

RINALDI. ¿Nos oíais desde allí?

IMPERIA. No; pero no era difícil adivinarlo... Me mirabais de cuando en cuando... Comentabais mi presencia aquí, sin duda.

RINALDI. Eso no; también estamos nosotros.

LEONARDO. ¿Y a la Condesa le sería difícil explicar la causa?

RINALDI. ¿Difícil? Nada de eso. Aquí, poco más o menos, todos estamos por lo mismo. Podemos saludarnos y hablar con franqueza, aunque mañana parezca que no nos hemos visto.

IMPERIA. Son nuestras almas brujas las que se saludan; las llamo así por un recuerdo mío. Cuando yo era una chiquilla, cerca de nuestra casa vivía una pobre mujer muy vieja y de aspecto muy venerable. Vivía sola, y parecía una buena mujer. Tenía su casa muy limpia, cuidaba sus flores, daba de comer a sus palomas, cosía sus ropas: ¡muy afanada todo el día! Una vida siempre igual y siempre apacible. Pero las gentes murmuraban que era bruja y que todos los sábados, apenas daban las doce, volaba al aquelarre, y allí, con otras brujas, rendía adoración a Satanás. Lo cierto es que un día, al amanecer de un domingo, la vieja apareció muerta fuera de su casa, muy lejos de ella, en un descampado; tenía un puñal clavado en el corazón; pero nadie supo del asesino, ni la causa del asesinato, ni el motivo de hallarse aquella mujer en aquel sitio, cuando todos la vieron la noche antes cerrar su puerta como todas las noches, y a la mañana siguiente la puerta seguía cerrada.

RINALDI. ¿Y creéis que en efecto...? Habrá que creer en las brujas.

IMPERIA. En aquéllas, no; pero entre las horas de la vida más apacible hay para todos una noche del sábado en que nuestras almas brujas vuelan a su aquelarre. Vivimos muchas horas indiferentes por una hora que nos interesa. Vuelan las almas brujas, unas hacia sus sueños, otras hacia sus vicios, otras hacia sus amores: hacia lo que está lejos de nuestra vida y es nuestra vida verdadera.

- RINALDI. Es verdad. Estamos en nuestro aquelarre. Podemos saludarnos. ¡Salud, hermana!
- IMPERIA. ¡Salud, hermanos! ¿Hacia dónde voláis: hacia el bien o hacia el mal?
- LEONARDO. Yo, hacia donde la vida se desvanece como un sueño.
- RINALDI. Yo, hacia el reino de los amores, donde no penetra nunca la muerte.
- LEONARDO. Y tú, Imperia, ¿qué buscas?
- IMPERIA. Yo me busco a mí misma. Busco a Donina pobre, a Donina ignorante, a Donina enamorada. Tu arte me reveló la belleza que yo poseía, y por ella conseguiré lo que sueño.
- LEONARDO. ¿Y es...?
- IMPERIA. Atesorar, atesorar; el dinero es la fuerza; con él todo se consigue: el bien o el mal, la justicia o la venganza.
- RINALDI. Ha terminado el espectáculo. La gente vuelve a invadir estos sitios.
- LEONARDO. Y ya debemos retirarnos.
- RINALDI. Ved... El indio... ¿De veras no os interesa saber cómo se domestica a los elefantes?
- LEONARDO. No; pero me interesa saber cómo se domestica a un domador... Si queréis, nos sentaremos a su lado.
- RINALDI. No seáis imprudente. Se ve que no tenéis costumbre de estas cosas.
- LEONARDO. Podéis creerlo. Pero todo será acompañaros...
(Sale Zaida corriendo y llorando y se abraza a Imperia.)
- ZAIDA. ¡Señora! ¡Señora! ¿No sabéis? Donina...
- IMPERIA. ¿Qué?...
- ZAIDA. Está loca; no ha querido hacerme caso... Después de lo que habéis dicho, deja que la lleve Nunú con esa gente, con el Príncipe.
- IMPERIA. Ese miserable Nunú la ha vendido. Tú sabes dónde están, ¿verdad?
- ZAIDA. Salieron con el mismo traje de escena... Sí, sé dónde están; no sé el nombre, pero conozco el sitio.
- IMPERIA. Ven conmigo.
- ZAIDA. Sí, vamos, vamos... Pero así... ¡No sabéis entre qué gente!...
- IMPERIA. ¿Qué importa el traje? Voy entre los míos... Ya me conocerán. Voy a impedir una infamia más de un poderoso o a vengar muchas de una vez.

en una sola. Vamos. Buenas noches, Condesa; buenas noches, Leonardo.

RINALDI. ¿Dónde vas Imperia?

LEONARDO. Buenas noches, Imperia.

IMPERIA. Más lejos todavía. Hacia otras almas brujas. Es la noche del sábado. (*La gente ha vuelto a llenar el salón y la música de tziganes a tocar.*) (Telón.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO



CUADRO TERCERO

La taberna de Cecco. Es de noche.

ESCENA I

MARINEROS y gente maleante juegan y beben en diferentes grupos. CECCO y GAETANO sirven vino y atienden a todos. MAESTÁ, vieja harapienta, sentada sola a una mesa, parece dormitar. PIETRO; después el COMISARIO.

MAR. 3.º Aquí ese dinero. Por mi cuenta, más vino.

GAETANO. Va en seguida.

MAR. 2.º No juegues más.

MAR. 3.º ¡Déjame!

MAR. 2.º Yo retiro mi dinero. Es bastante.

MAR. 3.º Toma, hombre; no quiero oírte.

MAR. 2.º No; si tú sigues...

MAR. 1.º ¿Se juega?

MAR. 3.º Sí... Va todo.

GAETANO. (A Cecco.) ¿De dónde es esta gente? No conozco...

CECCO. De un yate que llegó esta mañana. Llevan sus colores. ¿Cómo va eso?

GAETANO. Se defienden. Traen dinero.

CECCO. Ya veo. Pero esta noche no conviene ruido. Que se entretengan, pero sin llevarles todo. No salgan luego gritando. Ya volverán mañana.

GAETANO. Si quieres, se acaba la partida.

CECCO. No; tampoco conviene que esto se quede solo. Mientras estén tranquilos... (Entra el Comisario.)

COMISARIO. Buenas noches, Cecco.

CECCO. Buenas noches. ¿Hay novedad?

COMISARIO. Ninguna. Ya hemos vista entrar al Príncipe.

CECCO. Sí; allí está.

COMISARIO. ¿Qué gente hay con él?

CECCO. Yo no conozco a todos. El inglés y esa gente del Circo.

COMISARIO. (*Leyendo una lista.*) No sé si falta alguno; tú dirás. Lucenti... el inglés, Nunú y Tommy, de la *troupe* napolitana. Donina, Celeste, Teresina, mujeres de la misma *troupe*. Dick y Freed, *jockeys* del Duque de Sealand, y dos muchachas inglesas... ¿Hay más?

CECCO. Nadie más.

COMISARIO. Si ocurre algo, cerca estamos.

CECCO. Ya sé; ahora os llevarán algo con que entreteneros. La noche está fresca.

COMISARIO. Sí; hay una neblina... Hasta luego, Cecco... ¿Y esa gente?

CECCO. La de siempre.

COMISARIO. ¿Y esos marinos?

CECCO. De un yate que llegó esta mañana. ¿No le has visto?

COMISARIO. Ya sé. Hasta luego.

MAR. 1.º Hoy es día grande. Anda por aquí buena gente. ¿Estaremos seguros?

CECCO. Se ve y se calla.

UNO. (*Acercándose a Maestá y sacudiéndola.*) Y tú, ¿cómo no eres de esa fiesta?

CECCO. Dejad a la pobre. No se mete con nadie.

UNO. El Príncipe ha debido invitarte. Es que no te habrá conocido. Has debido decirle: «Alteza, somos iguales... En un tiempo yo también fui reina; todavía me llaman todos Maestá.»

MUCHOS. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, Maestá!

MAESTÁ. ¡Canallas!

CECCO. ¡Dejadla he dicho! No hagas caso, Maestá.

MAESTÁ. ¿Yo? Ni los veo ni los oigo. Están muy lejos.

MAR. 3.º ¿Es una loca?

PIETRO. No; es que a estas horas está siempre...

CECCO. Pero es verdad lo que dice. Yo lo sé porque lo he oído contar a gente que la conoció entonces. Ha sido muy hermosa y querida de un rey, y ha tenido palacios y coches y brillantes.

MAR. 3.º Serán historias.

UNO. Por vieja que sea y por mucho que haya cambiado, no es posible. Yo no lo creo.

MAR. 3.º La verdad es que viéndola...

UNO. Vamos, cuenta esa historia. ¿Qué rey era ése? ¿Dónde estaban tus palacios?

- PIETRO. Cuenta, abuela; cuenta. Pues señor, éste era un rey...
- CECCO. Dejadla tranquila.
- MAESTÁ. ¡Canalla, gentuza! ¿Qué voy a contaros? Si no creéis más que lo que ven vuestros ojos. ¿Me veis ahora? Pues he sido hermosa, y retratos de mi cara y estatuas de mi cuerpo guardan en palacios y museos; pero aunque os llevara delante y os dijera... ésa soy yo..., no lo creeríais. Me han querido muchos hombres muy poderosos, muy grandes, muy sabios... También un rey, que por una palabra mía hubiera dejado su corona. ¿Me veis así? Pues vestidos bordados con perlas que valían un reino, he llevado encima de mi cuerpo... En flores gastaba yo en un día lo que ahora quisiera para vivir lo que me queda de vida. ¿No lo creéis? No queda nada en mí, ¿verdad? Sí; acercaos. (*Quitándose unos mitones de lana.*) Quedan estas manos que nunca trabajaron. Manos de reina, que muchos han besado agradecidos... Es mi orgullo. Para guantes nunca me falta, aunque no coma. Vedlas. ¿No son de reina?
- PIETRO. Sí es verdad.
- UNO. Algo había de quedarte. Aun puedes tener besamanos.
- MAESTÁ. Vosotros podéis llegar a poseer todas las riquezas de la tierra, o conquistar todos sus reinos, o proclamaros reyes... Y vuestros nietos no tendrán unas manos como estas mías.
- PIETRO. Manos rotas.
- UNO. Pudieron guardar algo más que la blancura: no te verías como te ves, si es verdad lo que dices.
- MAESTÁ. Estas manos no saben guardar. Saltaban sobre ellas los tesoros como el agua en la concha de mármol de una fuente, para caer más esparcidos.
- UNO. Harías muchas limosnas.
- PIETRO. Mucho bien.
- MAESTÁ. Bien o mal, ¡qué sé yo! Llegaba a mí gente necesitada, llegaba gente perdida... Para todos igual... ¡Si fuera uno a pensar!... El diablo se ríe de esos prudentes que niegan la limosna pensando en que puede ser para vino... Hay que repartir alegría alegremente. Para muchos es más necesario el vino que el pan... Nadie come flores, y flores da la tierra. Muy seco está el corazón que no da flores.

- PIETRO. ¡Bien dicho!
- UNO. ¡Vaya, abuela!
- CECCO. ¿No os dije que no está tan loca? Vaya, ahora convidadla.
- PIETRO. A lo que ella quiera.
- MAESTÁ. Es lo mismo.
- MAR. 3.º A champagne. ¡Qué menos para una reina!
- UNO. Champagne; champagne... Traedlo, aquí se paga.
- PIETRO. ¿Tienes champagne?
- CECCO. Esta noche sí; lo traigo si no es broma.
- UNO. Ya que no te convida el Príncipe, te convidamos nosotros.
- MAESTÁ. El Príncipe de Suabia; yo he conocido al Emperador; entonces era Príncipe heredero; le vi en una revista militar, en un caballo blanco; era una arrogante figura... Ya debe ser muy viejo. También conocí a la Princesa Etelvina, la madre de este Príncipe; era una niña entonces. ¿Quién la conocerá?
- CECCO. El champagne; vengan vasos.
- PIETRO. A su Maestá primero. Un brindis. ¿Quieres vivir mucho todavía?
- MAESTÁ. ¿Por qué no? Lo que Dios quiera.
- PIETRO. Por tu salud entonces.
- MAESTÁ. Por la vuestra y por vuestra felicidad, que aun es tiempo para vosotros. Sí, es champagne.
- CECCO. ¿Pues qué creías?
- MAESTÁ. Que era burla. ¡Cuánto tiempo que no lo había bebido!... ¡Dios os lo pague! ¡Otra copa! Es un vino alegre; y no es malo éste, Cecco; yo lo entiendo.
- PIETRO. Esta noche no eres la única Maestá que hay en la casa.

ESCENA II

DICHOS, IMPERIA y ZAIDA, que aparecen en la puerta.

- IMPERIA. ¿Es aquí?
- ZAIDA. Sí, señora. ¿No os da miedo?
- IMPERIA. ¿Por qué? Así era mi casa. ¡Adelante!
- PIETRO. (*Viendo a Imperia.*) Es noche de reyes.
- CECCO. ¡Silencio!
- PIETRO. ¿Eran así tus vestidos, Maestá?
- UNO. ¿No conoces a esta reina?

- MAESTÁ. ¿Reina?... ¡Como yo lo fuí! No la conozco. Las que yo conocí, o han muerto o son ya viejas.
- IMPERIA. ¿Ha venido el Príncipe? No lo ocultéis. Sé que venía aquí esta noche; sé con quién está.
- CECCO. ¿Os esperaba? Nada me ha dicho.
- IMPERIA. No, no me espera. Un momento. (*Escribe con lápiz en un papel.*) Entregadle esto y traedme en seguida su contestación.
- CECCO. Está bien. ¿Queréis sentaros?
- IMPERIA. No. ¿No habrá otro sitio donde aguardar?
- CECCO. Un cuartucho peor, allá arriba.
- IMPERIA. No tardes.
- CECCO. No tengáis miedo; es buena gente. (*Vase Cecco.*)
- IMPERIA. No me asusto.
- ZAIDA. Señora... Ya siento haberos dicho...
- IMPERIA. ¿Por qué? ¿Crees que tengo miedo? Ni extraño el sitio ni la gente; me extraño a mí misma.
- PIETRO. (*A Maestá.*) Sí; debes ofrecerle una copa. Entre iguales...
- UNO. En casos como éste debes hacer los honores.
- MAESTÁ. (*Tambaleándose, con risa de embriaguez.*) Venga, venga... (*Ofreciendo una copa a Imperia.*) ¡Señora!...
- ZAIDA. (*Asustada.*) ¡Ay!
- IMPERIA. No te asustes. ¿Qué desea, buena mujer?
- MAESTÁ. También yo soy Maestá... ¿No me conocéis?
- PIETRO. No tengáis miedo; es una loca muy divertida.
- MAESTÁ. Esta noche he tenido fiesta en mi palacio; os ofrezco una copa de champagne. Bebed sin miedo: no está envenenado. Yo no tengo por qué quereros mal. ¿Qué podéis quitarme? Yo soy feliz. ¿Quién puede quitarme esta felicidad? Pero tened cuidado; no todos son como yo. Hay gente mala. A mí también me han hecho mucho mal; pero yo, ¡a nadie, a nadie! Por eso estoy alegre. ¡La alegría no pueden quitármela!
- ZAIDA. Tengo miedo.
- IMPERIA. Yo, no; al contrario, me agrada oír estos desconciertos de locos. Hay en ellos algo sobrenatural que puede ser profético. ¡Toma, pobre mujer!
- MAESTÁ. ¿Oro? ¿Lo veis? Más champagne. (*Arrojando las monedas.*) ¡Champagne!
- PIETRO. Guárdalo, guárdalo; te hace falta.
- MAESTÁ. Nada, no necesito nada; para vosotros. Que traigan más champagne. (*Cae amodorrada.*)

ESCENA III

DICHOS y HARRY.

HARRY. ¡Imperia!...

IMPERIA. ¿Y el Príncipe?

HARRY. Me envía a ofreceros el brazo para que nos acompañéis, ya que habéis venido hasta aquí

IMPERIA. ¿Y sabe el Príncipe por qué he venido?

HARRY. Tal vez por celos...

IMPERIA. ¿De quién?

HARRY. Estas noches os han visto en el Circo...

IMPERIA. Pensaréis de mí algo monstruoso, algo digno de vos y del Príncipe.

HARRY. Algo divertido... El Príncipe se alegrará de veros. El brazo...

IMPERIA. Sí, llevadme. (*Se oye gritar dentro.*) ¿Qué es eso?

CECCO. (*Entrando precipitadamente.*) ¿Qué ocurre?

HARRY. ¿Quién grita?

CECCO. (*Cierra la puerta.*) ¡Silencio! ¡Todos quietos! ¡No salga nadie!

ESCENA IV

DICHOS; CECCO y TOMMY sosteniendo al PRÍNCIPE; CELESTE, TERESINA, los dos *jockeys*, NUNÚ y DONINA. Todos presos del mayor espanto.

UNO. ¿Qué es eso?

OTRO. ¿Qué pasa?

CECCO. ¡El Príncipe!...

IMPERIA. ¡Sangre!...

HARRY. ¿Está herido?...

MARINS. y GENTE. } Vamos de aquí. ¿Qué es esto?

CECCO. (*A Gaetano.*) Cierra bien esa puerta. De aquí no sale nadie. (*Gaetano saca un cuchillo y defiende la puerta.*)

PIETRO. ¡Paso! Quita o... (*Algunos sacan cuchillos y puñales.*)

CECCO. Es peor. Vendrá la Policía y nos cogerá a todos. ¡Calma, calma!

- NUNÚ. (*A Donina, con violencia.*) ¡Has sido tú!... ¡Tú!...
¡Estamos perdidos!
- DONINA. ¡Sí; yo he sido, yo he sido! ¡Por ti, miserable, miserable!
- IMPERIA. ¡Tú!...
- DONINA. Me había vendido, ¿no sabes?... ¡Miserable, miserable!
- CELESTE. ¿Pero van a dejarle morir así?
- CECCO. ¡Sea lo que sea! De aquí no sale nadie.
- HARRY. No brota sangre. Mala señal. No vuelve en sí.
- CECCO. La Policía está cerca. Habrá oído los gritos... Si viene hay que abrir. ¡Calma! ¡Esa sangre!... (*Vier-te una botella.*) ¡Ya está!... Vosotras, alrededor. Sostenedle bien. Y vosotras, cantad y bailad. ¿Dónde está la armónica? ¡Es la Policía! ¡Pronto... o estamos perdidos! (*Hacen todos lo indicado.*)
- DONINA. ¡Dios mío, Dios mío!
- NUNÚ. (*Empujándola.*) ¡A bailar! ¿No has oído? (*Donina, Nunú, Zaida y Tommy bailan la «tarantela».*)

ESCENA V

DICHOS y el COMISARIO.

- COMISARIO. ¿Qué ocurre?
- CECCO. Ya lo veis... ¡Nada!
- COMISARIO. Oímos gritos...
- CECCO. La fiesta... Ya nadie sabe lo que se hace. Hay buen humor... El Príncipe apenas puede sostenerse. Ahí está... Cerramos la puerta para que no entrara nadie a estas horas. ¿Queréis tomar algo?
- COMISARIO. No. Buenas noches.
- CECCO. Buenas noches. (*Los sigue con la vista desde la puerta. A los de dentro.*) ¡Seguid, seguid!... *Las mujeres que estaban al lado del Príncipe se levantan aterradas. El Príncipe rueda bajo la mesa.*)
- CELESTE. ¡Está muerto!
- TERESINA. ¡Ay! (*Gran confusión. Todos quieren salir.*)
- CECCO. ¡Me habéis perdido! ¿Qué hacemos ahora? ¡De mi casa no sale nadie!
- NUNÚ. (*Amenazándole.*) ¡Saldremos todos!
- CECCO. Es inútil. La Policía tiene los nombres de todos

los que estáis aquí; os cogerán pronto. Entre todos hay que salvarse.

IMPERIA. ¡Harry, a mi casa en mi coche! Es lo mejor. Que no le encuentren aquí. Ya pensaremos... ¿Estáis dispuesto?

HARRY. ¡Sí, en seguida!

CECCO. ¿Vais a sacarle? Es lo mejor, pero más tarde; hay que esperar... Pasa gente a estas horas. Yo alejaré la Policía. Vosotros id saliendo poco a poco... ¡y cuidado!

PIETRO. Por supuesto. ¡Cualquiera habla!

UNO. A todos nos importa callar.


CECCO. Y vosotros no dejéis de cantar y bailar. ¡Vamos! (*Dejándose caer rendida.*) ¡No puedo más..., aunque me maten!

CECCO. (*Acercándose a Maestá.*) Ésta no ha visto nada. Ésos no dirán nada.

HARRY. (*Por el Príncipe.*) ¡Está muerto! ¡Frió ya!...

IMPERIA. Sí. ¡Muerto, muerto! ¡Qué horrible!... (*Telón.*)

FIN DEL CUADRO TERCERO



CUADRO CUARTO

Un gabinete en la *villa* de Imperia.

ESCENA I

IMPERIA y la CONDESA. Imperia escribe una carta, que entrega a un criado.
Se oye dentro la voz de la Condesa Rinaldi.

RINALDI. (*Dentro.*) Para mí está siempre, os lo aseguro; no tengáis cuidado. (*Imperia se levanta precipitadamente y va al encuentro de la Condesa.*)

IMPERIA. ¡Condesa!

RINALDI. Qué inesperada visita, ¿verdad? Ni el portero ni los criados querían dejarme pasar. Me dijeron que descansabais. Pero necesitaba veros con urgencia y atropellé por todo. Estoy perdonada. Ya veo que estáis sola. Al venir he visto al Príncipe Miguel muy cerca de la *villa* de la Princesa; sin duda iba a visitarla.

IMPERIA. Sin duda. ¿No habéis hablado con él?

RINALDI. No; él guiaba un cochecillo; yo he venido a pie. Necesito andar mucho para fatigar estos nervios. Nos saludamos nada más. Y anoche, ¿cómo terminó vuestro aquelarre?

IMPERIA. Anoche...

RINALDI. No sois buena conmigo; tanto como os quiero y tenéis secretos para mí. Si fuerais de otro modo, algunas veces podíamos comunicarnos impresiones y aventuras... Y eso que he decidido cambiar de vida por completo; acabaron las locuras. Por fortuna he encontrado a tiempo a un hombre que será mi salvación. ¡Ah, si le hubiera encontrado

antes en mi camino, en lugar de tantos otros por los que he comprometido locamente mi nombre y mi tranquilidad!...

IMPERIA.

Y es...

RINALDI.

No es de estos hombres que por desgracia nuestra encontramos a cada paso; es un alma primitiva, un corazón sencillo... Le conocéis.

IMPERIA.

¿Yo?

RINALDI.

¿Habéis visto los siete elefantes del Circo?

IMPERIA.

¡Condesa!

RINALDI.

Pues bien: el domador... ¿Os reís?

IMPERIA.

Decíais que habían acabado las locuras.

RINALDI.

¿Os parece una locura? Es que todavía no conocéis mis proyectos.

IMPERIA.

Decid, contadme. ¡Ojalá fueran las mayores extravagancias, las más extrañas locuras!... ¡Sueños, locuras, cuanto aleje de nosotros la realidad que quiere imponerse!... ¡Si supierais!... Hay sueños, pesadillas horribles con tales apariencias de realidad, que escapándose de nuestro sueño quieren entrarse en nuestra vida... Yo he soñado, estoy segura de que he soñado algo que me parece haber visto y oído en efecto; algo que no puede ser, que no ha sido... Por eso ahora deseo otras cosas extrañas, fantasías de sueños..., locuras, para llegar a confundirlo todo, a no saber cuándo se sueña entre fantasmas, cuándo se vive entre realidades...

RINALDI.

Mis proyectos son muy razonables. Quiero poner en orden todos mis asuntos; dedicarme por completo a la administración de mis bienes. Para ello se me presenta una ocasión única; una especulación brillante, para triplicar el capital en un año.

IMPERIA.

No sabéis cuánto os agradezco la visita. Todo se olvida a vuestro lado.

RINALDI.

Si lo tomáis a risa... Es un asunto muy serio. Rujú, se llama Rujú... ¿Lo sabíais? Un nombre oriental... Pues bien: Rujú no es el verdadero Rujú...

IMPERIA.

No comprendo.

RINALDI.

El verdadero Rujú-Sahib era el anterior propietario y domador de los elefantes; éste de ahora era su criado nada más... Cuando murió el verdadero Rujú, su viuda, una inglesa..., heredó los siete elefantes y propuso al criado que él continuara trabajando con ellos mediante un sueldo

que ella le pagaría... Pero es una explotación infame. Mientras él expone su vida y sólo cobra un miserable jornal, la viuda, la propietaria, cobra de las Empresas cantidades fabulosas... ¿Qué os parece? ¿No tienen razón los explotados para maldecir de los explotadores? El pobre Rujú se lamentaba con lágrimas en los ojos... «¡Ah! — me decía—, ¡si los elefantes fueran míos; si yo tuviera cien mil francos, si yo encontrara quien quisiera asociarse conmigo!...»

IMPERIA. No digáis más; os conmovisteis; pensáis comprar los elefantes... y presentaros en el Circo...

RINALDI. Yo, no. ¡Qué locura! Yo los compro; él los presenta; yo cobro el cincuenta por ciento de las contratas. ¡No tenéis idea! Son doce mil francos al mes; contrato todo el año..., y los siete elefantes domesticados en cien mil francos es una ocasión única... No sabéis lo que cuesta un elefante... Y éstos son de la India, de la mejor clase; se los distingue por las orejas y por la trompá.

IMPERIA. Se ve que habéis estudiado el asunto, que no es una locura.

RINALDI. ¡Qué ha de ser! ¿En qué pueden emplearse mejor esos cien mil francos? Por eso he venido a veros tan de mañana. Yo no dispongo por el momento de esa cantidad; mi cuenta del Crédito sólo llega a sesenta o setenta mil francos... Es cuestión de quince días. Sé que a cualquiera que me hubiera dirigido... Pero quiero daros una prueba de confianza y de amistad...

IMPERIA. Yo quisiera corresponder..., pero ahora mismo no puedo contestaros. Ignoro si puedo disponer de esa cantidad.

RINALDI. ¿Cantidad? ¿Llamáis a eso una cantidad?

IMPERIA. Esta tarde podré contestaros; creedme.

RINALDI. Esta tarde... Sé que la tardanza es una coquetería de vuestra parte. El Príncipe no os niega, no puede negaros nada... Ya veis que os he hablado como a una amiga verdadera, y que vuestra amistad me ha costado el sacrificio de otras amistades; no es que yo quiera hacerlos valer...

IMPERIA. Ya digo que os enviaré la contestación. (*Un criado anuncia.*)

CRIADO. Su Alteza.

ESCENA II

DICHOS y el PRÍNCIPE MIGUEL.

- P. MIGUEL. ¡Condesa! (*A Imperia.*) ¿Cómo estás?
- IMPERIA. Bien... La Condesa me dijo que te había visto camino de la *villa* de la Princesa. ¿Has estado allí?
- P. MIGUEL. Sí; debía haber almorzado allí. ¿Pero no sabes...?
- IMPERIA. ¿Qué?
- P. MIGUEL. Ya te diré... Anoche no pude ir al Circo, como pensaba; un nuevo telegrama de Suabia me obligó a buscar al Duque.
- IMPERIA. ¿Qué ocurre?
- P. MIGUEL. Nada.
- RINALDI. Alteza..., comprendo que tenéis que hablar con Imperia.
- P. MIGUEL. Nada urgente
- RINALDI. Ya sabéis que si prescindo de invitaciones cuando se prescinde de mí injustamente, no las necesito para retirarme espontáneamente cuando temo ser indiscreta. Hasta la vista, Alteza... Querida amiga, no saldré de casa en toda la tarde; espero vuestra contestación. (*Sale la Condesa.*)

ESCENA III

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL.

- P. MIGUEL. ¿Cuánto te ha costado la visita de la Condesa?
- IMPERIA. Veo que la conoces.
- P. MIGUEL. Eso sí; en compensación siempre cuenta historias muy divertidas. Su nueva aventura vale cualquier dinero. Me la refirió Leonardo. Tú la sabrás; es historia del Circo... Y tu Donina, ¿la viste anoche? Ya ves que no se me ocurre dudar de ti; creo cuanto me dices.
- IMPERIA. Haces bien. Has sido noble y generoso conmigo. Tu lealtad bien merece la mía. No trataste de retenerme junto a ti por cálculo interesado; de una vez me entregaste riquezas bastantes para rescatar mi libertad. Yo no quiero esclavos, dijiste. Y al darme la libertad, para siempre me obligó a ti la gratitud.

P. MIGUEL. ¿Para siempre? Tu espíritu es inquieto, ambicioso de grandes sueños; y yo sólo quisiera que todos los días se pareciesen; que pasaran como un solo día, sin una inquietud, sin una preocupación... Y la amenaza del Imperio se aproxima de nuevo... El niño Príncipe se muere...

IMPERIA. ¿Se muere?...

P. MIGUEL. Nació con un soplo de vida... Telegrafaron de nuevo a poco de recibir el telegrama anunciando su nacimiento. El Emperador desea que el Príncipe Florencio y su madre vuelvan a la corte; desea reconciliarse con él...; tal vez piense abdicar; está muy cansado; el pueblo amenaza con revoluciones. Ya no es posible un Imperio despótico... Y la salud de Florencio conspira en contra mía. Otra vez cerca del trono.

IMPERIA. Muy cerca... El Príncipe Florencio nada más... ¿Y le has visto hoy?

P. MIGUEL. No; estuve en la *villa*; debía haber almorzado allí; pero su pobre madre está muerta de pena... Florencio no ha vuelto desde anoche.

IMPERIA. Y no saben...

P. MIGUEL. Nada puede haberle ocurrido. Le amanecería en cualquier tugurio, y por no salir ya de día... He enviado recado al prefecto.

IMPERIA. Dices que su madre...

P. MIGUEL. Le costará la vida; no puede acostumbrarse; es un sobresalto continuo. Hoy estaba más alarmada que otras veces. Dice que a media noche se despertó sobresaltada; que le pareció oír un grito...

IMPERIA. A media noche...

P. MIGUEL. Y ya le parece un presentimiento... A mí mismo ha llegado a preocuparme. Aunque tengo la seguridad de que nada ha ocurrido; ya sabríamos... La Policía le vigilaba... No es posible. Tampoco se ha visto a Harry Lucenti por ninguna parte. No tardará el Signore en traerme alguna noticia

IMPERIA. ¿Sabéis dónde estaba?

P. MIGUEL. Lo sabían; y con quién estaba... Si no, es posible que... ¿Es que tú también crees que puede haberle ocurrido algo?

IMPERIA. ¡Ese grito que oyó su madre!... ¿No crees tú que las almas pueden llamarse desde lejos? Sí; él debió pensar en su madre; gritó... ¡Madre mía!... Y su madre oyó el grito.

P. MIGUEL. ¿Qué dices, Imperia? ¿Deliras?

IMPERIA. Digo, si algo le hubiera sucedido. Si..., debe temerse todo, débe esperarse todo. (*Entra un criado.*)

CRIADO. El señor Prefecto desea ver a Su Alteza.

P. MIGUEL. En seguida. Pronto sabremos... (*Sale el Príncipe.*)

ESCENA IV

IMPERIA y después HARRY LUCENTI. Imperia escucha a las puertas. Harry Lucenti, en el mismo traje, pálido y con muestras de embriaguez, aparece en una de ellas.

IMPERIA. ¿Quién es? ¡Ah! ¿Por qué venís aquí? No le dejéis solo.

HARRY. Puede estar solo. No se mueve. Oí que hablaban... Saben ya...

IMPERIA. No..., buscan; lo sabrán pronto. En este momento quizás. Volved allí, que no os vean; no le dejéis solo.

HARRY. Está bien oculto, bajo una tela de brocado: digno sudario de un Emperador. ¡Qué insignificante muerte; como su vida!... Luis de Baviera fué el último rey.

IMPERIA. ¡Oh! ¡Callad, callad! No quiero oíros... No quiero veros... Sois como él... Así debía morir, ¿qué importa por qué mano?...

HARRY. ¿Creés que ha sido castigo del Cielo?... No creáis esas cosas, Imperia. Casualidad, casualidad. Hay muchos bribones que mueren de viejos en su cama y bendecidos por sus hijos.

ESCENA V

DICHOS y LEONARDO.

IMPERIA. ¡Leonardo! ¡Cuánto has tardado!

LEONARDO. Ahora mismo recibo tu carta ¡Oh, Harry!... ¿Qué haces aquí?

HARRY. Imperia te dirá... ¿Yo? Un triste oficio que no da que hacer, pero da que pensar... ¡Silencio! (*Se retira.*)

ESCENA VI

IMPERIA y LEONARDO

IMPERIA. Desde que nos separamos, yo no sé lo que piensas de mí, Leonardo, cuál será tu recuerdo... Yo sé que en los momentos decisivos de mi vida, cuando en el corazón habla la verdad de nuestros afectos, sólo he pensado en ti como en un amigo leal y seguro. ¿Estoy engañada?

LEONARDO. No, Imperia; nos separamos sin odio y sin lucha. Tú amabas la vida, y quisiste realizar mi sueño..., la idea de mi obra de arte... Yo, en tanto, huyendo de la vida, me refugiaba en los sueños del pensamiento... Nos separó la realidad... Di por qué me llamas ahora.

IMPERIA. Para destruir la realidad, que quiere imponerse a nuestra vida. Tu idea, nuestro sueño, el trono de tu Imperia... ¡Qué cerca! No es heredado, no; los miserables no heredamos tronos, pero es nuestra la fuerza para derribarlos, nuestra la inteligencia para llegar muy cerca de ellos y reinar sin ser reyes. ¿Te acuerdas? Voy a Suabia a ser emperatriz, te dije. No soy emperatriz, pero reino en el corazón de un emperador; su vida es mía, lo conozco, lo sé; no puede vivir sin mí... ¿Qué dices?... Es tu Imperia, tu obra de arte... Es tuya el alma que alienta en mí... Creación de tus sueños de artista.

LEONARDO. Sí; mi Imperia, mi amor; mi único amor; vive por mí, triunfa por mí. Yo no supe más que soñar.

IMPERIA. Sí, triunfaré... Pero es preciso destruir la realidad... El Príncipe heredero de Suabia se muere... El viejo Emperador abdica la corona...

LEONARDO. Entonces .. el Príncipe Florencio...

IMPERIA. El Príncipe Florencio ha muerto.

LEONARDO. ¿Ha muerto?

IMPERIA. Sí; ha muerto asesinado esta noche, delante de mí. No; yo misma le he asesinado.

LEONARDO. ¡Tú! ¿Qué dices, Imperia? ¡Deliras!

IMPERIA. ¡Sí..., yo..., yo! Es igual, mi Donina, mi hija... Defendía su juventud, su inocencia, su amor. Ha sido la venganza de cuantos sucumbimos antes. ¿No lo crees? Mira, es su propio puñal; es, como

suyo, un precioso estilete, una joya cincelada con arte; el puño es de oro o de piedras preciosas. Dicen que jugaba con él entre amenazas y caricias. «¿Serías capaz de matarme?», preguntaba. «Un beso antes, y es tuyo»; y ofrecía como una joya el puño de oro. Mi Donina, al sentir sus besos, le hundi6 la hoja de acero en el coraz6n. No, no deliro; no son fantasmas de aquellarre... ¿Te acuerdas? «Es la noche del sábad6», te dije al despedirnos. Sus horribles fantasmas me persiguen en la realidad; llegaron hasta aqu6. ¿Quiéres verle? Ah6 est6. Harry Lucenti vela su cadáver.

LEONARDO. ¡No, no es posible! Eso no ha sucedido. Me cuentas un sueño, una pesadilla.

IMPERIA. Yo lo he creído también. Cuando llegué aqu6 me olvidé de todo; hace un instante hablaba y reía con la Condesa... y todo me parecía lejano ya, como una pesadilla de otro mundo, del aquellarre de nuestras almas brujas; pero es verdad, Leonardo; es verdad.

LEONARDO. Entonces, ¿qué esperas? Si saben que tú...

IMPERIA. Nada temo; lucharé, venceré; los fantasmas no me acobardan. Pronto vendrán, acaso sepan... Ya ves, estoy tranquila. Verás como todos callan.

LEONARDO. No, Imperia; tu cuerpo tiembla. ¿Qué miras?

IMPERIA. No, no; estoy tranquila. ¡Silencio! Vienen.

LEONARDO. Sabrán...

IMPERIA. Lo diré yo si no lo saben.

ESCENA VII

DICHOS, el PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE.

P. MIGUEL. Imperia, el señor Prefecto desea hablar contigo. Leonardo, perdonad; no os había visto.

LEONARDO. Alteza...

P. MIGUEL. (*Al Signore.*) Si deseáis hablar a solas, yo acompañaré a Leonardo.

IMPERIA. No; yo deseo que asista también al interrogatorio, porque supongo que el señor Prefecto desea interrogarme.

LEONARDO. En efecto.

- IMPERIA. Y yo deseo contestar en presencia de mis amigos; sola, ante la autoridad del señor Prefecto, acaso me acobardaría demasiado.
- P. MIGUEL. Desgraciadamente, los indicios de que al Príncipe Florencio le ha sucedido algo grave aumentan por momentos. Nadie le ha visto en toda la mañana; no ha sido posible dar con su paradero.
- SIGNORE. Se sabe que anoche estuvo en la *trattoria* de Cecco. Ésta es la lista de las personas que allí estaban, de todas... Leedla. ¿Falta alguna?
- IMPERIA. Ninguna.
- P. MIGUEL. Tu nombre está en esa lista.
- IMPERIA. Eso prueba que el Signore está bien servido por su policía.
- SIGNORE. Entonces puede ser verdad que el Príncipe salió de la *trattoria* antes de amanecer, según parece, algo embriagado y sostenido por Harry Lucenti y el dueño de la *trattoria* subió a vuestro coche y llegó a vuestra casa. Vos llegasteis a poco en compañía de una muchacha del Circo, una tal Donina, a quien debéis conocer, porque no es la primera vez que os han visto con ella.
- P. MIGUEL. El Signore sabe quién es Donina; las relaciones que te unen con ella.
- SIGNORE. Lo sé todo. A excepción de las personas que, sin duda, se hallan en vuestra casa, cuantos acompañaban anoche al Príncipe están detenidos, procurando que nada trascienda; el asunto es muy delicado, y cualquier indiscreción podría comprometer a personas de calidad, que no pueden ser tratadas como vulgares malhechores. Es el amigo quien os interroga, señora. Cuantos estaban con el Príncipe aseguran que salió de allí al mismo tiempo que vos, como os he dicho. ¿Se trata de una aventura amorosa? ¿De una intriga política? ¿Es cierto que el Príncipe Florencio está en vuestra casa?
- IMPERIA. El Príncipe Florencio está en mi casa. Yo le traje, ¡pero le traje muerto!
- P. MIGUEL. ¡Muerto!
- SIGNORE. ¡Muerto!
- IMPERIA. Sí; el Príncipe Florencio se ha suicidado.
- SIGNORE. ¿Qué decís, señora?
- P. MIGUEL. ¡No es posible!
- LEONARDO. ¿Qué intentas?
- IMPERIA. (*Con firmeza.*) ¡Se ha suicidado! Contra todo lo

que sepáis, contra todo lo que veáis, ésta será la verdad.

SIGNORE. No puede creerse así. Nada indica...

P. MIGUEL. Vamos pronto...

IMPERIA. No; oídme primero. Ha muerto asesinado; ésa es la verdad, la que yo sé, la que yo he visto; pero nadie puede ser responsable de ese asesinato; y si tratáis de perseguir y de castigar; si pretendéis esclarecer la verdad, la verdad se perderá para siempre; y la mentira, la calumnia, la infamia nos envolverá a todos en el mismo crimen, a todos: desde esos miserables que sólo con su aspecto pregonan la abyección de ese Príncipe odioso, al mismo Emperador de Suabia, que bien pudo pagar a un asesino si le estorbaba el heredero del Imperio.

P. MIGUEL. ¡Qué infamia!

SIGNORE. ¡Señora!...

IMPERIA. ¡Sí; yo estaba allí: tu amante, la amante del heredero del trono. Nadie sabe por qué estaba yo allí; puedo acusarme y acusaros a todos; el Príncipe tiene partidarios en Suabia, y la aureola del martirio sentaría muy bien a su recuerdo. Y si queréis desengañar a todos; si queréis proclamar la verdad, decid, decid; también la diremos nosotros; decid cuál era la vida de vuestro Príncipe; contad sus crímenes y sus vicios; manchad bien su memoria, y el odio y el desprecio del mundo entero os alcanzará por igual a todos sus iguales.

ESCENA VIII

DICHOS y el DUQUE DE SUABIA.

CRIADO. ¡Alteza!

P. MIGUEL. ¿Quién es?

DUQUE. Alteza, la Princesa supo que el Príncipe estaba aquí, y quiere verle; no ha sido posible detenerla.

P. MIGUEL. No; llevadla de aquí. ¡Pronto, venid!

DUQUE. Sí, no la dejéis; que no sepa... (*Salen el Príncipe Miguel, el Signore y el Duque de Suabia.*)

ESCENA IX

IMPERIA, LEONARDO y después DONINA.

LEONARDO. ¿Crees que no dirán la verdad?

IMPERIA. No; tienen miedo. La verdad les asusta. ¿No ves que yo conozco su verdadera vida, sus intrigas, sus crímenes, sus vicios? No hablarán: mi silencio por su silencio. El Príncipe no ha sido asesinado; nadie es culpable de su muerte; fué una pesadilla. ¿Lo ves? Puede destruirse la realidad, puede triunfarse de ella; basta querer, y huye como un fantasma.

DONINA. *(Dentro.)* ¡Dejadme, dejadme!... *(Entra.)* ¡Madre! ¡Madre mía!...

LEONARDO. ¿Es tu hija?

IMPERIA. ¡Sí, mi hija! ¿Por qué huyes? ¿Por qué tiemblas?

DONINA. ¡Defiéndeme, ocúltame! Vienen por mí. No me importa la vida; pero que no me vean, que no me hablen...; nada diré...

IMPERIA. ¡Leonardo, llévatela lejos de aquí!

LEONARDO. No es posible salir de aquí sin que nos vean.

DONINA. ¡Que me maten! Nada me importa... Pero es que he vuelto a verle... Le veré siempre...

IMPERIA. ¿Tú?

DONINA. Sí; desperté estremecida de espanto... ¡Quise huir y salí corriendo sin saber!... ¡Y le he visto, le he visto, le veré siempre! ¡Me volveré loca!

IMPERIA. ¡Silencio! ¿Oyes, Leonardo?

LEONARDO. Sí, es la Princesa... ¡Llora!...

IMPERIA. No, no escuches... ¡No es nada!...

DONINA. ¡Sí, llora!... ¡Es su madre que llora!... ¡La oigo llorar! ¿Oís? Ahora más cerca, más cerca, cada vez más cerca.

LEONARDO. Vienen hacia aquí... La impiden el paso, sin duda.

IMPERIA. Esperad... Ahora pasan... ¡Ah, vamos, vamos de aquí!

DONINA. ¿Oyes como grita: «¡Hijo mío, hijo mío!»?

IMPERIA. ¡Vamos de aquí, vamos!...

DONINA. ¡No!... ¡La oiré siempre, siempre!... «¡Hijo mío, hijo mío!»


IMPERIA. ¡No puedo más... Leonardo! ¡No eran fantasmas, no se destruye la realidad!... Penetra en nuestra vida, nos vence... Esa madre que llora por su

hijo, mi hija que se muere de espanto y de pena, ¡se aferran al corazón, lo destrozan! Yo nada puedo. ¡Sucedá lo que suceda!...

LEONARDO. ¡Imperia, no! Tu voluntad es fuerte... No destruyas así tu vida. ¡Lucha, triunfa!...

IMPERIA. ¡No, no; déjame; no pienses en mí!... ¡Salva a mi hija, Leonardo; salva a mi hija! (*Telón.*)

FIN DEL CUADRO CUARTO



CUADRO QUINTO

Jardín en la *villa* de Imperia.

ESCENA I

DONINA, LEONARDO y NUNÚ.

LEONARDO. No se trabaja más por hoy, Donina.

DONINA. Si no me canso... Por mí no...

LEONARDO. Ya lo sé; estás fuerte; ya no hay que temer por tu salud; no es la modelo, es el artista el que se cansa. ¿Y quién trabaja hoy? ¡Qué hermoso día! Si los hombres para nuestras pobres fiestas pedimos al Cielo días como éste, hoy que la Naturaleza está de fiesta, con mejor razón debe pedirnos que nuestros afanes no turben su divina calma. ¿Trabajar hoy? Ni con el pensamiento. Para gozar en un día así de la vida basta que vean los ojos, que la boca respire, toda la luz del cielo, los olores todos del mar y de la tierra... ¿Estás triste, Donina? ¿Por qué estás siempre triste?

NUNÚ. Tiene miedo a morir.

LEONARDO. ¿No sabes que los médicos han dicho que ya estás buena? Y ahora que eres dichosa, ¿piensas en morirte? ¿No eres muy dichosa, Donina?

DONINA. Muy dichosa; por eso tengo miedo.

NUNÚ. ¿Se ve desde aquí el yate del Príncipe Miguel?

LEONARDO. Sí, debe verse. Allí está. Llegó esta mañana.

DONINA. ¿Por qué vuelve el Príncipe Miguel? ¿No decían que iba a ser Emperador?

LEONARDO. Nada sé, Donina. Nada debe importarnos. El Imperio de Suabia está muy lejos.

DONINA. Demasiado cerca todavía.

NUNÚ. ¿Por qué no nos embarcamos como ayer? ¿Vamos a pasarnos aquí toda la tarde?

DONINA. ¿Te aburres?

NUNÚ. Yo no; pero el aire del mar te conviene. No salimos nunca de aquí.

DONINA. ¡Es tan hermoso!...

NUNÚ. Sí, pero cansa. Está uno como preso...

DONINA. ¡Como preso!...

LEONARDO. (*Bajo, a Nunú.*) ¡Qué mal finges; Nunú!

NUNÚ. Es que no puedo más con esta vida.

ESCENA I

DICHOS e IMPERIA.

IMPERIA. Pronto ha terminado hoy el trabajo. ¿Es que no está buena Donina?

DONINA. No; ha sido Leonardo.

LEONARDO. Sí, yo, yo...; siempre perezoso; falta muy poco para terminar.

DONINA. ¡Si vieras qué parecida estoy!

IMPERIA. No quiero ver la obra hasta que esté terminada. ¿Se parece a mí cuando me conociste, cuando fuí tu modelo?

LEONARDO. No, Imperia; en las líneas hay algo, pero la expresión es otra; había más vida en ti... Donina no podría subir entre rocas y llegar a un trono.

IMPERIA. ¿Para qué? No; ahora copia fielmente su dulzura triste, copia nada más, no expresas idea alguna en tu obra. Mi estatua era para que todos la admirasen, para que triunfara eternamente..., y ésta es para mí, sólo para mí; sepa tu arte robar a la muerte cuanto pueda de esa vida, que no podemos salvar de otro modo.

LEONARDO. Dije que yo me cansaba, pero es que me asustó su palidez, su respirar fatigoso. ¡No hay remedio!

IMPERIA. Y aseguran que los que mueren así nunca conocen que llega la muerte... Y Donina sólo habla de morir; lo conoce, lo espera...

LEONARDO. No lo creas. Es malicia de enfermo, es el mismo temor a la muerte. Ella sabe que es síntoma fu-

nesto no saber que se muere y finge saberlo para engañarse a sí misma..., pero no lo cree. (*Se oye reír a Donina.*)

IMPERIA. ¡Ríe!... ¡Está alegre!... ¡Es dichosa! ¿Qué haces, Donina?

DONINA. Coger flores, rosas para ti. ¿No es tu flor preferida? Me reía porque Nunú me contaba una historia a propósito de las rosas... Una historia desvergonzada..., pero de mucha risa..., como él las sabe... Es de las rosas del jardín de un convento: llega el diablo al convento, y de cada rosal prende un diablillo color de rosa; tan de color de rosa, que más parecen angelitos... Las pobres monjas creen que están en pecado, y por no escandalizar, quieren ocultarlos en sus celdas; pero los pícaros diablillos se escapan, corren, brincan..., hacen mil travesuras; cantan en el coro, bailan al son del órgano, voltean las campanas en el campanario, y al final..., no, el final no le cuento... Es de mucha risa, pero me da vergüenza... Cuéntalo tú, Nunú, para que se rían como yo me río.

NUNÚ. ¡Qué tontería! Ven a coger más rosas.

IMPERIA. ¡Ríe, ríe, Donina! ¡Ah, Leonardo! ¿Por qué perderemos nuestra vida en sueños ambiciosos? La verdadera vida es ésta: la que nace de nuestro amor en nuestras entrañas... ¡La risa de un hijo es la única razón verdadera que nos da la vida de lo que vale nuestra vida!

LEONARDO. Entonces... ¿no irás a Suabia? El Príncipe Miguel, que sólo ha vuelto por ti..., marchará solo a regir el Imperio.

IMPERIA. Afirma que si no vuelvo con él no aceptará el Imperio; que para siempre perderá en los mares su barco hacia un país ignorado, donde vivirá sin que nadie sepa de su existencia... Su espíritu indolente sólo halla energía en mí.

LEONARDO. Y tú...

IMPERIA. Mientras viva mi hija, mi vida está aquí.

LEONARDO. ¡Será tan poco tiempo!...

IMPERIA. Nunca he deseado como ahora detener la vida... En un día como éste parece que no puede morirse nunca; que no podemos pasar por la vida como sombras para contemplar al paso la tierra, el mar y el cielo, que nos dicen a un tiempo su eternidad y nuestra muerte... ¡Sería una burla

cruel nuestra vida! No; algo inmortal hay en nosotros más eterno, más grande que ese mar y ese cielo.

LEONARDO. ¿Pero qué hay en nuestra vida que merezca ser inmortal? ¿Lo que fuimos, lo que aparentamos ser, lo que se amó, lo que soñamos? ¿Dónde está nuestra vida verdadera? (*Vuelven Donina y Nunú con un brazado de rosas.*)

DONINA. ¡Mira qué hermosas rosas de todos colores!... Traélas aquí, Nunú... Las hemos cortado todas... ¿Qué importa? Mañana estarán otra vez cuajados de ellas los rosales.

IMPERIA. No hay flores más hermosas.

LEONARDO. Ni que más hablen de la vida. Todos los colores de la carne son sus colores; rojas como sangre, como labios encendidos; rosadas como carnes de niño; ambarinas con suave caricia de carmín, como desnudos del Ticiano; éstas, opulentas de vida, como diosas de Rubens...; éstas, exangües, pálidas, como manos de virgen...

DONINA. Y éstas amarillas como la cera, como los muertos.

LEONARDO. ¡Calla, Donina! No; todas viven, ninguna habla de muerte... Mira cómo viven... Así, vueltas, semejan mujercitas; como faldas, las hojas de sus corolas... Mira ésta, parece una graciosa marquesa *Pompadour* con sus *paniers* de rosa, y el tallo el talle esbelto, y estas dos verdes hojas a los lados, las mangas abullonadas. Algo le falta..., verás: de un pétalo figuro una cabecita ligera sobre el cuello fino de mi marquesita; aquellos cuellos que se afinaban para la guillotina, como dijo el poeta... Esta parece una infanta de España con su pomposo guardainfante. Y ésta de carmesí aterciopelado, triunfante dogaresa veneciana... ¿No es verdad que vueltas así las rosas parecen figurillas de mujer?

DONINA. Es verdad. ¡Qué graciosas! ¡Parecen mujercitas! Mira, Nunú... No mires; eres capaz de creer que son mujeres y enamorarte de ellas... Antes las deshojo todas. Toma, toma... (*Tirándole rosas.*)

NUNÚ. Es batalla de flores... Espera. (*Tirándole rosas también.*)

DONINA. Espera tú... (*Salen corriendo y tirándose rosas.*)

IMPERIA. No puede ser la muerte, Leonardo; es feliz mi Donina.

LEONARDO. Mentirosa felicidad. Tú sabes lo que te cuesta.

- IMPERIA. Sí... Donina no podría vivir sin él..., a pesar de todo. Yo le obligué a venir; por miedo y por interés le tengo bien sujeto, condenado a fingir amor. El miserable quiso huir, pero yo le amenacé con hacerle llevar a Suabia acusado de la muerte del Príncipe Florencio; lo creyó... ¡Y qué importa que mienta, si mi Donina le ha perdonado y es dichosa creyéndose querida como nunca y muere feliz con su ilusión! Sin este engaño hubiera muerto desesperada, con la tristeza del remordimiento y de la traición.
- LEONARDO. ¿Y crees que Nunú sabrá fingir mucho tiempo?
- IMPERIA. No cuento con su virtud, cuento con su interés. Estoy aquí para obligarle.
- LEONARDO. El coche de la Condesa Rinaldi se detiene a la entrada del jardín.
- IMPERIA. La traerá el deseo de saber si vuelvo a Suabia. Habrá visto el yate del Príncipe. Di que no estoy; despídela pronto. Me es odiosa esa mujer...
- LEONARDO. ¡Odiosa! ¿Por qué? Es otra sombra triste que pasa por la vida; eterna perseguidora de ideales... (*Sale Imperia.*)

ESCENA III

LEONARDO y la CONDESA.

- RINALDI. ¡Leonardo!
- LEONARDO. ¡Querida Condesa! ¿Os han dicho que Imperia no se hallaba aquí?
- RINALDI. No he preguntado. Nadie me salió al paso. Estaba segura de encontrar a alguien. Desde que Imperia vive en familia... y vos sois de los más allegados...
- LEONARDO. Siempre como artista.
- RINALDI. Todo vuelve a su tiempo cuando no se fué para siempre. Pero tened cuidado; el Príncipe Miguel ha vuelto también, a pesar de todo.
- LEONARDO. ¿A pesar de todo? Pensó volver siempre.
- RINALDI. Parecía que después del suicidio del Príncipe Florencio..., suicidio; advertid cómo respeto la verdad oficial.
- LEONARDO. Es la única verdad; después de todo, de ella vivimos.

RINALDI. Lo malo es que la gente se atiene más a la... mentira verosímil... ¡Como nadie pudo explicarse el suicidio!...

LEONARDO. Preguntad al Signore.

RINALDI. Por él no quedaría. Un crimen hubiera asustado a la clientela aristocrática que se deja aquí el dinero... Aquí no puede nadie morirse ni matarse sino por algo agradable. Se muere uno de felicidad, y se mata por no hacer a nadie desgraciado. En fin, hemos convenido en creerlo todo. Son historias de la noche del sábado... como la de Lady Seymour... ¿No sabéis?

LEONARDO. ¿También se ha suicidado?

RINALDI. No; la he visto con un brazo en cabestrillo: una caída de automóvil... El año pasado fué un golpe en una ceja..., caída de un caballo. Coinciden siempre estas caídas con un largo viaje de su marido, que dura dos o tres meses..., lo bastante para que se cicatricen las heridas.

LEONARDO. Físicas y morales, ¿no es eso?

RINALDI. Me atengo a la verdad oficial.

LEONARDO. Nunca nos falte. Os hallo de muy buen color y de aspecto muy saludable... y de una austeridad en la *toilette*...

RINALDI. El cambio de vida... La neurastenia se apoderaba de mí, pero el médico me impuso un régimen severísimo. «Hay que sujetar esos nervios — me dijo—. Tened presente que la neurastenia ya no está de moda; el reinado de los nervios ha concluído; se inicia el renacimiento de la musculatura.»

LEONARDO. Seréis el Miguel Ángel de ese renacimiento.

RINALDI. Por fortuna, no me ha costado trabajo cambiar de vida. El Cielo ha querido ponerme en camino de salvación.

LEONARDO. ¿Sin elefantes?

RINALDI. No recordéis esas locuras. Todo ha concluído. Figuraos que en uno de mis paseos higiénicos por los alrededores llegué por casualidad a la puerta de un convento de franciscanos; se me ocurrió entrar; predicaba un fraile pálido, de luengas barbas. ¡Qué sermón! ¡Cómo hablaba del amor a las criaturas y del amor divino!

LEONARDO. De la primera parte hubierais podido predicar con más conocimiento.

RINALDI. No os burléis. Soy otra desde entonces. He vuel-

to a oírle todas las tardes. Es un San Francisco de Asís... He tomado a mi cargo reedificar el convento; pienso organizar una serie de fiestas.

LEONARDO. ¡Pobre santo! Las de San Antonio no fueron nada.

RINALDI. No habléis así; no le conocéis.

LEONARDO. Pero os conozco.

RINALDI. Acepto los juicios del mundo como una humillación merecida; aun quisiera que todos me juzgaran peor... Por realizar mi obra iré pidiendo de puerta en puerta. Cuento con Imperia y con vos. Me enviaréis alguna obra vuestra para la *kermesse* que organizo.

LEONARDO. Con mucho gusto. Algo alusivo... Una Magdalena. ¿La queréis antes o después del arrepentimiento?

RINALDI. Que no esté muy ligera de ropa.

LEONARDO. Entonces antes; por el desierto ya sabéis cómo andaba; como andaréis vos dentro de poco, salvo el desierto.

ESCENA IV

DICHOS, DONINA y NUNÚ.

DONINA. (*Persiguiendo a Nunú.*) No corras, no; dame esa carta, dame o...

NUNÚ. (*Por la Condesa.*) ¡Calla! ¿No ves?... Siempre lo mismo.

DONINA. Siempre lo mismo; tú...

NUNÚ. Que calles te digo.

RINALDI. (*A Leonardo.*) No busquéis una explicación... Son los protegidos de Imperia... ¿Dafnis y Cloe? ¿Pablo y Virginia? Esta *villa* es el jardín del amor, por lo que veo.

LEONARDO. Del amor profano; no es para vos.

RINALDI. Diréis a Imperia el objeto de mi visita.

LEONARDO. Anunciaré vuestra conversión.

RINALDI. Primeramente; después le diréis que cuento con ella para...

LEONARDO. Descuidad.

RINALDI. Son interesantes estos enamorados. Son dos niños... Él, ¿qué edad tiene?

LEONARDO. Muy buena edad, Condesa. (*Salen la Condesa y Leonardo.*)

ESCENA V

DONINA y NUNÚ.

- DONINA. Dame esa carta, dame esa carta...
NUNÚ. Eso es, grita, llora, patalea como siempre; que se enteren todos, que tenga yo la culpa si te pones peor. ¿No te digo que es para Tommy? ¿No lo ves? ¿Qué quieres que le diga?
- DONINA. Para Tommy... el sobre; pero dentro puede ir otra carta; puede ser convenido... Si no tuviera nada de particular la hubieras escrito sin ocultarte..., me lo hubieras dicho. ¿No puedo yo saber lo que escribes a Tommy?
- NUNÚ. Merecías saberlo.
DONINA. Pues lo sabré... La carta...
NUNÚ. ¡Suelta, suelta!
DONINA. ¡Ay, no puedo!... ¡Dios mío, me ahogo!
NUNÚ. ¿Lo ves?
DONINA. ¡Dios mío!

ESCENA VI

DICHOS y LEONARDO.

- LEONARDO. ¿Qué es eso? ¿Qué tiene Donina?
DONINA. Nada, Nada.
NUNÚ. Está loca. Se empeñó en leer una carta que he escrito a un amigo. No puede uno vivir... Y creen que le pagan a uno porque nada le falta... ¡Si no fuera...!
- DONINA. Que te pagan... ¡Si no fuera!... ¿Qué quieres decir?
LEONARDO. Nunú, ¿por qué atormentas a Donina?
DONINA. No gozó nunca de otro modo; ¡cuando he dado mi vida y mi alma por él!... Porque por él me muero y por él... he matado, para que mi alma se condene.
- LEONARDO. ¡Donina! ¿Qué has hecho, miserable? ¡Tanto te costaba esperar!
NUNÚ. ¡Esperar!... Yo he esperado bastante... ¡No puedo más! ¡Basta de esclavitud! ¿Quieres leer la carta? ¿Quieres saber lo que escribo a un amigo?... ¡Lee!... ¡Lee!...

DONINA. (*Cogiendo la carta.*) ¡Ah!...
NUNÚ. ¡Lee!... Yo no tengo la culpa...
LEONARDO. ¿Qué dice esa carta?
DONINA. (*Cayendo desplomada.*) ¡Jesús!...
LEONARDO. ¿Qué has hecho?... ¡Donina..., Donina!
NUNÚ. Yo no tengo la culpa.

ESCENA VII

DICHOS e IMPERIA.

LEONARDO. Imperia, Donina se muere.
IMPERIA. ¡Mi hija!... ¡Donina!...
DONINA. ¡Dejadme, dejadme! ¡Quiero morirme sola! ¡Todo mentira!
IMPERIA. ¿Qué ha sucedido? ¡Esta carta!... ¿Qué dice esta carta?
DONINA. ¡Dejadme, dejadme!
IMPERIA. ¡Ah, miserable! ¡Has matado a mi hija, has matado a mi hija!
NUNÚ. Yo no tengo la culpa. ¡Ella lo ha querido!... Bastante he soportado... Quiero mi libertad.
IMPERIA. ¡Tu libertad! ¿Olvidas que estás en mi poder?... ¡Miserable, miserable! Yo creí que bastaba poner buen precio a tu alma para hacer de ella lo que se quisiera..., bueno o malo... Pero no era la vida que tú llevabas la que te hacía ser malo; era tu corazón perverso; tu alma, hermana del Príncipe Florencio; ¡alma de infierno como la suya, incapaces de amor y de piedad!
DONINA. ¡Dejadle ir, dejadle ir! ¿Por qué le obligaste a mentirme? ¿Por qué mentiste tú también? Eres libre, Nunú; yo te perdono... No tendrás que esperar mi muerte con impaciencia para cobrar tu engaño... No le niegues nada. Fingió bastante... Yo sé la verdad... ¡Que me muero!... Es la única verdad que le debo.
IMPERIA. Esa carta la escribiste para que llegara a sus manos, estoy segura. Sabes asesinar a mansalva.
NUNÚ. No es verdad. Fué ella...
IMPERIA. ¡Vete, sal de aquí! No des tiempo a que Donina no pueda pedirme tu perdón. ¡Sal de aquí; pronto!
NUNÚ. ¿Así?...
LEONARDO. Descuida. Se te pagará. (*Salen Nunú y Leonardo.*)

- DONINA. ¿Por qué has mentido? Si todo lo que era mi vida era mentira, ¿cómo puedo vivir?
- IMPERIA. ¡Donina!
- DONINA. Y para ti también es un estorbo mi vida. Te esperan allí... El Príncipe de ese Imperio de maldición, de ese Imperio de hielo... Allí está el barco blanco con sus hombres pálidos... El que ha de llevarte a ese Imperio que ambicionas.
- IMPERIA. ¡No, no, Donina! ¡Aquí siempre, aquí contigo!... Verás alejarse ese barco como un fantasma blanco, y yo siempre contigo, ¡siempre! La verdad de nuestro cariño será la única verdad de nuestra vida. ¡Contigo siempre, siempre!
- DONINA. Esperando mi muerte..., como él la esperaba.
- IMPERIA. ¡No, Donina! ¡Tu vida, que es mi vida!...
- DONINA. Antes que el barco, como un fantasma blanco, me iré yo como siempre, sin sentir..., como una sombra que pasó por tu vida.
- IMPERIA. ¡No, mi Donina, hija de mis entrañas..., del único amor de mi vida!... Como sombras puede pasar por nuestra vida... todo..., todo... Sólo queda lo que vivió en el corazón.

ESCENA VIII

DICHOS, LEONARDO Y EL PRÍNCIPE MIGUEL.

- LEONARDO. Imperia... El Príncipe...
- IMPERIA. ¡Ah! ¿Por qué vienes?
- P. MIGUEL. Nada me contestaste. Esperé todo el día...
- DONINA. Viene por ti.
- IMPERIA. No iré.
- DONINA. Sé la verdad. Te juro que me mataré si, por mentir, todavía eres más cruel quedándote aquí a esperar mi muerte.
- IMPERIA. ¿Qué dices?
- DONINA. Dime que no esperarás, que hoy mismo... ¡Juro que me mataré antes de ser un estorbo en tu vida! ¿Irás?...
- IMPERIA. Iré... hoy mismo. Ahora, déjame... Leonardo, acompaña a Donina.
- LEONARDO. ¡Donina!
- DONINA. No, no es nada... Ya estoy tranquila, ya sé que es la muerte. (*Salen Leonardo y Donina.*)

ESCENA IX

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL.

P. MIGUEL. ¿Vendrás?

IMPERIA. Iré.

P. MIGUEL. Sin ti no hubiera vuelto nunca.

IMPERIA. ¿Hubieras renunciado al Imperio?

P. MIGUEL. Seguramente. Si ya es difícil conseguir para uno mismo una amable tranquilidad..., piensa lo que será para un Imperio. Millones de seres humanos que pretenden ser dichosos y esperan su felicidad de nuestras sabias leyes...

IMPERIA. No hables así. ¡Qué cobardía! ¡Renunciar a un derecho divino! Los millones de seres humanos de tu Imperio no lograrán por ti su felicidad. ¡Ni a los que están más cerca de nuestro corazón podemos hacer felices! La muerte y el dolor son invencibles; pero el esfuerzo sólo por vencerlos ya nos iguala a Dios. Tú nada sabes de la vida: ni el bien ni el mal tienen sentido claro para ti; para mí, sí. Yo he luchado en mi vida como puede lucharse en muchas vidas... La miseria, la vergüenza, el odio, crueldades, injusticias..., todo lo he padecido; por eso puedo decirte: «Haz obra de amor y de justicia, y tu Imperio será glorioso entre todos.»

ESCENA X

DICHOS y LEONARDO.

LEONARDO. Donina duerme; gracias a un calmante pude conseguir que durmiera. Si has de partir, mejor es ahora; la despedida sería muy triste. Yo quedo aquí a su lado.

IMPERIA. ¿Qué dices? ¿Marcharme? ¡No, no!

P. MIGUEL. Tráela contigo.

IMPERIA. Sería matarla. ¡No, no!

LEONARDO. ¡Si su muerte es inevitable!

IMPERIA. Aun vive. ¡No! Aquí, con ella... ¿No puedes esperar? ¡Oh! ¡No..., es horrible! ¡Esperar!...

- LEONARDO. Alteza, dejadla ahora. Os aseguro que irá.
- P. MIGUEL. Imperia, si no vienes antes de anochecer, mi barco partirá sin mí, llevando mi abdicación. Yo volveré aquí a tu lado, a nuestra vida. Y el Imperio de Suabia se habrá perdido para ti como un sueño. (*Sale el Príncipe.*)
- IMPERIA. ¡Leonardo!... ¿Qué debo hacer? ¡Soy tu Imperia, tu idea! Dame tu voluntad. ¿Qué debo hacer?
- LEONARDO. Tu vida es tuya, tu voluntad es tuya. ¿No sabes dónde está tu vida?
- IMPERIA. Sí, mi vida es tu idea..., mi sueño... Iré, iré... Pero mi hija.. ¿Dices que duerme? Quiero verla.
- LEONARDO. Te faltará valor.
- IMPERIA. No. ¡Quiero verla, quiero verla!
- LEONARDO. ¡No te irás si la ves!... ¡Imperia!... ¡No irás, no irás!... (*Entra Imperia. Leonardo escucha. A poco vuelve Imperia.*) ¡Imperia!...
- IMPERIA. ¡Duerme!... Besé su frente, y no se ha despertado.
- LEONARDO. ¿Besaste su frente?
- IMPERIA. Debo partir, ¿verdad, Leonardo?
- LEONARDO. ¡Sí!... ¡Triunfa, Imperia! ¡Es la idea que triunfa! Pero antes dime, quiero saberlo: cuando besaste a tu hija...
- IMPERIA. ¿Qué quieres saber?
- LEONARDO. ¿Su frente estaba fría?
- IMPERIA. Sí. ¿Quieres saberlo? ¡Está muerta! ¡Y no me detiene su muerte! ¿Te espanta?
- LEONARDO. Tu alma es grande. ¡Me espantas y te admiro!
- IMPERIA. Para realizar algo grande en la vida hay que destruir la realidad; apartar sus fantasmas que nos cierran el paso; seguir, como única realidad, el camino de nuestros sueños hacia lo ideal, donde vuelan las almas en su noche del sábado, unas hacia el mal, para perderse en él como espíritus de las tinieblas; otras hacia el bien, para vivir eternamente como espíritus de luz y de amor. ¡Adiós, Leonardo!
- LEONARDO. ¡Adiós, Imperia!
- IMPERIA. Es el beso del alma que me diste, ¡grande como tu idea!

FIN DE LA OBRA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

- El nido ajeno*, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.

El hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bébé, comedia en cuatro actos.
«*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados*.)

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresaliente, un acto, música de Chapi.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** peset
